

CUBA

AÑO I

LA HABANA

NO. 4

HEMEROTECA
INVESTIGADORES

HEMEROTECA
PÚBLICO





Niñas cubanas danzan al aire libre en una Escuela de Ballet de La Habana. Reportaje en el próximo número. Fotos de Osvaldo Salas.

Acoigida a la franquicia postal e inscrita como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana, al número 30-046/F.I. Dirección y Administración: Edificio del INRA, Avenida Rancho Boyeros y General Suárez, La Habana, Cuba. Editada en la Imprenta del INRA y la Unidad No. 1,205 de la Imprenta Nacional.

Director: ANTONIO NUÑEZ JIMENEZ

Sub-Director, José Lorenzo Fuentes
 Jefe de Redacción, Sergio Alpízar
 Coordinador de Producción, Darío Carmona
 Dirección de Emplante, Freddy Morales
 Administrador, Roberto Pérez González.

Suscripción a 12 ediciones. Cuba: \$2.40. Extranjero: \$3.50

IMPRESO EN LA HABANA (CUBA)



LA SIERRA MAESTRA RECIBE LA VISITA DE FIDEL, SU HEROE MAXIMO. UN REPORTAJE GRAFICO DE KORDA. PAGINAS 4 A 9.



REENCUENTRO CON LA SONRISA. EL PERIODISTA GONZALEZ BERMEJO CUENTA UN DRAMATICO CASO HUMANO PAGINAS 10 A 15.



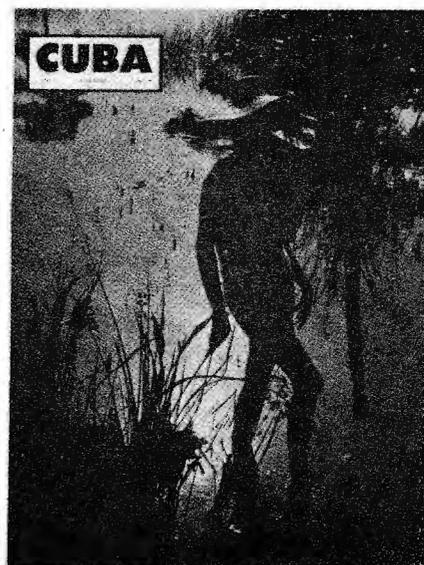
EL CASABE, HISTORIA Y SABOR DE UN ALIMENTO ABORIGEN, EN UN REPORTAJE DE CARDOSA ARIAS. PAGINAS 16 A 23.

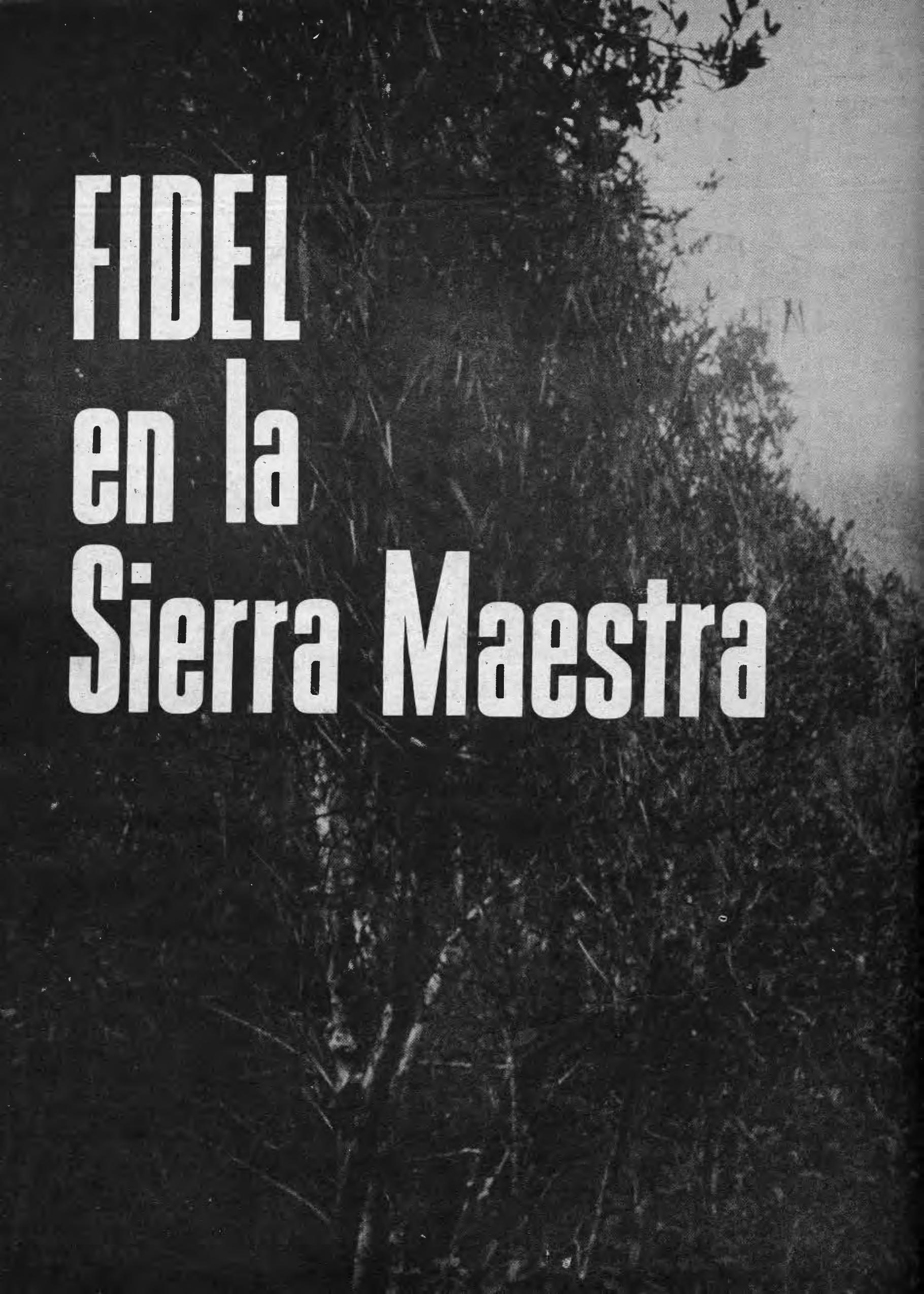
ESTE NUMERO CONTIENE

Fidel en la Sierra Maestra	4
Reencuentro con la sonrisa	10
El Casabe, alimento precolombino	16
Malecón de La Habana: El Ala de la Paloma	24
Mr. & Mrs. Morray	28
El Algodón: Fuente de riqueza revivida	32
Guamá: Modas y belleza de Cuba	36
Técnicas del Café y Cacao: Campesinos Estudiantes	48
Teatro Infantil de Moscú	54
Martí, el estudiante	58
Los Cabrera	60
El Cateo (cuento)	66
Los Lacandones: Indios olvidados	68
Guayana Británica: Requiem para el colonialismo	74
Brigadas Internacionales en España: La Ultima Marcha	78

NUESTRA PORTADA

UNA MODELO LUCE MODAS CUBANAS EN EL BELLO ESCENARIO DE LA CIENAGA DE ZAPATA. REPORTAJE EN LAS PAGINAS 36 A 47. FOTO: KORDA.





**FIDEL
en la
Sierra Maestra**





ESTA ES UNA DE LAS ZONAS DEL RÉCORRIDO. SON LOS MISMOS PARAJES LEGENDARIOS DE LOS DÍAS DE LA HEROICA LUCHA INSURRECCIONAL. ¡CUANTO HEMOS AVANZADO DESDE ENTONCES!

“La alianza obrero-campesina está funcionando a plenitud en la Sierra Maestra” Así expresó el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, doctor Fidel Castro, al terminar su recorrido de ocho días por la histórica y ya legendaria zona donde se iniciara la heroica insurrección liberadora.

El recorrido del comandante Fidel Castro comenzó en la Ciudad Escolar “Camillo Cienfuegos” (día 15 de junio) terminando en el lugar conocido por el Alto de Las Cuevas, cerca de Ocujal, en la costa sur de la provincia de Oriente.

El viaje del Jefe de la Revolución puede expresarse en los siguientes resultados:

—Inspección de la Ciudad Escolar “Camillo Cienfuegos” acompañado del director de las obras de ese centro, comandante Armando Acosta.

—Felicitación a los soldados rebeldes por haber ganado la emulación en el corte de caña y por la magnífica actividad desarrollada en Las Mercedes.

—Visita y conversación con los vecinos de la Sierra Maestra, conociendo sus problemas y los triunfos alcanzados en las tareas revolucionarias.

—Inspección a la Escuela de Maestros de Minas del Frío, donde el comandante Fidel Castro habló a los alumnos sobre los episodios de la guerra ocurridos en esa zona. (En el curso de este discurso Fidel anunció que tendría lugar en Santiago de Cuba, Oriente, la celebración de la fecha histórica del 26 de Julio.)

—Ascenso desde Minas del Frío al alto de la comandancia de La Plata.

—Comprobación del incremento de las siembras de frutos menores, café y otros productos, así como del avance de la Revolución en la zona de la Sierra.

—Ascenso desde La Plata al Pico Turquino. Visita a los campesinos de estos lugares, donde Fidel Castro operara durante la guerra.

—Llegada al Pico Cuba, donde fueron visitados los establecimientos del Parque Nacional de la Sierra Maestra, el Museo Histórico, albergues para visitantes y otros lugares.

—Descenso desde el Pico Cuba hasta el alto de Las Cuevas, donde Fidel era esperado por los comandantes Armando Acosta y Calixto García, jefe militar de Oriente, en cuya compañía siguió viaje hasta Santiago de Cuba.

—A su regreso del recorrido junto con sus acompañantes Fidel Castro declaró que había quedado muy satisfecho por el estado de las cosas en la Sierra Maestra, por los progresos que allí se advertían, el aumento de la producción, el mejoramiento de las condiciones de vida, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de los campesinos de esa región, los servicios médicos, etc. También recogió, y tomó rigurosa nota, de cada queja o deficiencia que se le comunicó durante la ruta.

—Con especial énfasis señaló Fidel que la alianza obrero-campesina está funcionando a plenitud en la histórica Sierra Maestra.



DURANTE EL CRUCE DEL PASO DE LAS ANGUSTIAS, ESTRECHO SENDERO QUE UNE EL PICO TURQUINO CON EL PICO CUBA.



DESCANSO EN LA LIMA ANTES DE SUBIR AL TURQUINO. FIDEL CORTA UN PEDAZO DE CAÑA.



EN LA PLATA: EN LA HISTORICA
COMANDANCIA GENERAL EL JE
FE DE LA REVOLUCION ESCUCHA
LAS OPINIONES DE LOS VECINOS



FIDEL TOMA NOTA DE LAS
OBSERVACIONES Y NECESIDA-
DES DE LOS CAMPESINOS DE LA
ZONA EN EL CRUCE DE PINONAL
Y MONTERIA.

EL PANORAMA ES MAJESTUOSO
E IMPONENTE. DESDE EL ALTO
DE POLO NORTE EL COMAN-
DANTE FIDEL CASTRO CONTEM-
PLA LAS OBRAS DE LA CIUDAD
ESCOLAR CAMILO CIENFUEGOS.





Reencuentro con la sonrisa

por: GONZALEZ BERMEJO
Fotos: PACO ALTUNA



BASTA con llegar al Hospital Nacional, el moderno edificio cercano a La Habana y preguntar por "Beba".

—La paciente uruguaya ¿no?

—La misma.

Después se deben subir seis pisos en un ascensor, envuelto en un olor aséptico. "Beba", Antonia Villar, está allí, en la habitación número 1, rodeada de sus hijos, sonriente y dolorosamente feliz.

—No tengo palabras... ¿cómo explicarle?

—Me estaba atendiendo en Montevideo pero mi caso era difícil, muy difícil; no mejoraba sino por el contrario iba de mal en peor... y además estaban mis hijos.

—Yo era su único sostén económico. Desde que me había separado de mi esposo, trabajaba en mi casa, como modista y, mientras pude hacerlo, trataba de que no les faltara nada.

Antonia deja caer blandamente su mano delgada sobre la cama; sus grandes ojos se entornan, recuerda:

—Pero cuando me hospalicé... alguien decía que pusiera a la mayorcita en una "buena casa" para que se hicieran cargo de ella; otro sugirió que el niño podía vender diarios...

Rodolfo, de 10 años, vivaz y resuelto, interviene:

—Yo quiero ser ingeniero o arquitecto... o cosmonauta... no sé todavía.

Antonia sonríe, con una sonrisa iluminada; pone su mano sobre la del niño:

—Serás lo que tú quieras ser... lo que tú quieras.

Y también debía decidirse lo que harían Susana, que hoy tiene doce años y Rosario que no pasa de nueve. Pues Rosario piensa en la Medicina y Susana, complemento de una de las posibles tareas de su hermano, se interesa en la astronomía.

—Estaba desesperada —dice Antonia— hablé un día con Amanda Canale, la compañera de la Unión Femenina del Uruguay y le dije que pensaba... (un gesto abandonado completa la frase)... no podía resistir ver así a mis hijos.

Los tres niños, en un rincón de la habitación, discuten no se sabe bien qué.

—Fue entonces que llegó a Montevideo la delegación cubana para la Conferencia de la OEA, la que se hizo en enero, en Punta del Este.

—Las compañeras de la Unión Femenina del Uruguay le hablaron a la señora de Raúl Roa, Roa mismo se interesó mucho por mi caso y ahora me ve Ud. aquí.

Antonia abre lentamente los brazos y pasea la mirada por la habitación pulcra y soleada de paredes pálidas; recorre los sillones de cuero, la cómoda hamaca donde a veces reposa:

—Ese televisor me lo regaló Fidel, el primero de Mayo. También me visitó Raúl Castro y me dijo: "¿quieres que me ocupe de tus niños?"

—Las compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas, protestaron; ellas lo han estado haciendo todo: me ingresaron aquí, han vestido y calzado a mis hijos, los pusieron como becados en la escuela de Santa María del Mar ¿ha estado Ud. allí?

—No, pensamos ir mañana.

—Tiene que vernos jugar al basketball —dice Susana— le ganamos al equipo favorito de La Habana.

—Y tú Rodolfo, ¿no juegas al basketball?

—No, yo estoy aprendiendo judo y natación.

—Pero a éste le gusta comer más que ninguna otra cosa... cuatro comidas al día y en el almuerzo y la cena, platos que nadie puede terminar, y él sigue pidiendo más...

ROSARIO Y RODOLFO. UNA VISITA SEMANAL DE LA ALEGRIA.

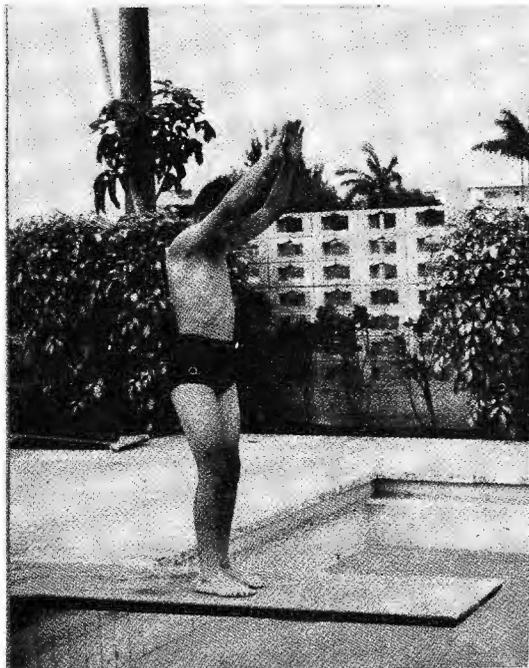


LA DOCTORA MARTA KOURI PUSO
EN LA ATENCION DE ANTONIA,
CIENCIA Y AMOR, MEDICINAS
Y SOLIDARIDAD HUMANA.





—PASE... ESTA ES NUESTRA CASA
—DICE SUSANA.



Los niños ríen, Antonia los contempla en silencio.

—Pasé mi niñez en Durazno —me dice— en el interior del Uruguay. Mi familia era muy pobre y salíamos a las estancias, donde mi madre trabajaba como doméstica. Después, cuando llegamos a Montevideo, empecé yo a trabajar en talleres de costura, juntando alfileres y barriendo el piso.

Ha entrado la doctora Marta Kouri y conversa con Francisca de Frutos, una española que vivió muchos años en Uruguay y cuida a Antonia noche y día. La doctora Kouri atiende a Antonia desde que llegó a La Habana...

—... El 28 de febrero. Me esperaban en el aeropuerto, la doctora y las compañeras de la Federación.

—Desde entonces, cada día, han venido a visitarme. También estuvo Vilma Espín, con su ramo de flores. ¿Puede usted comprender cómo alguien puede estar contra esta Revolución?

Antonia dedicó muchos de sus 35 años a la lucha por el socialismo. En 1957, se le veía trabajar en el Comité Popular del Barrio Sur, en Montevideo. Miembro de la Unión Femenina del Uruguay, asistió en su representación al Congreso Mundial de Mujeres, en Viena, en 1958. Desde que comenzó a organizarse, Antonia participó en el Movimiento de Apoyo a la Revolución Cubana e integró la delegación que recibió a Fidel Castro, cuando visitó la capital uruguaya.

—Luchar tantos años para ver esto en todo el mundo y poder hoy, en Cuba, tocarlo con la mano, resulta maravilloso.

Antonia mira a la doctora que le sonríe dulcemente desde el sillón.

—Me pondré bien... tengo que trabajar mucho... ha hecho mucho por mí.

—Yo estaba en un pozo y la Revolución me ha sacado de él... ha sido mi tabla de salvación.

—Nosotros ahora vivimos en las casas que eran de los contrarrevolucionarios que se han ido— interrumpe Rodolfo. Son casas muy grandes y muy lindas. Están en una loma y la playa está cerca; ya me prometieron que me van a llevar a pescar. Por ahora lo único que hice fue juntar erizos.

—Y cortar caña ¿no? —dice la madre.

—Ah, ¡sí!, después de mucho pedirle a la miliciana que hace guardia en la escuela, me llevó al corte. Salimos muy temprano. Todavía era de noche. Ibamos cantando todos, en un camión. Yo corté y alcé mucha caña.

—Los cosmonautas también cortan caña.

—Sí, también —dice Rodolfo.

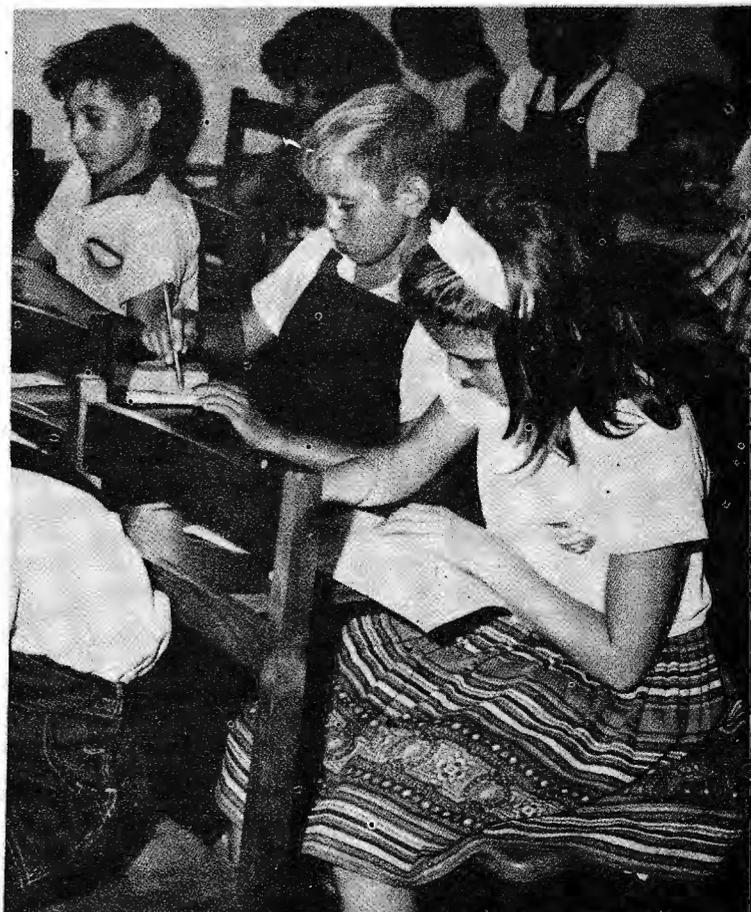
La doctora debe examinar a Antonia; nos despedimos de ella y le prometemos volver, sin la libreta de apuntes.

Francisca, su abnegada cuidadora, nos dice en el pasillo:

—Ha luchado valientemente contra su enfermedad. Ha sufrido mucho pero jamás se queja y nunca le falta una sonrisa para sus hijos y para cada visitante. La doctora ha puesto en este caso un amor especial. Todos aquí, se desviven por ella...

Al irnos del hospital, desde la pared, una frase, en letras de bronce, lo explica todo: "Somos solidarios con el ser humano que sufre". La frase es de Fidel Castro.

DEPORTES, FRANCES, RUSO,
ARTESANIA, CANTO CORAL Y
EXPERIMENTOS CIENTÍFICOS,
COMPLEMENTAN LA ENSEÑANZA
ESCOLAR DE LOS TRES NIÑOS.





HOY, QUE LA SONRISA VUELVE
A SER POSIBLE PARA ANTONIA . . .



¿QUIENES fueron, en realidad, los primeros fabricantes de casabe? ¿Los guanajatabeyes o los taínos? ¿O fueron los siboneyes?

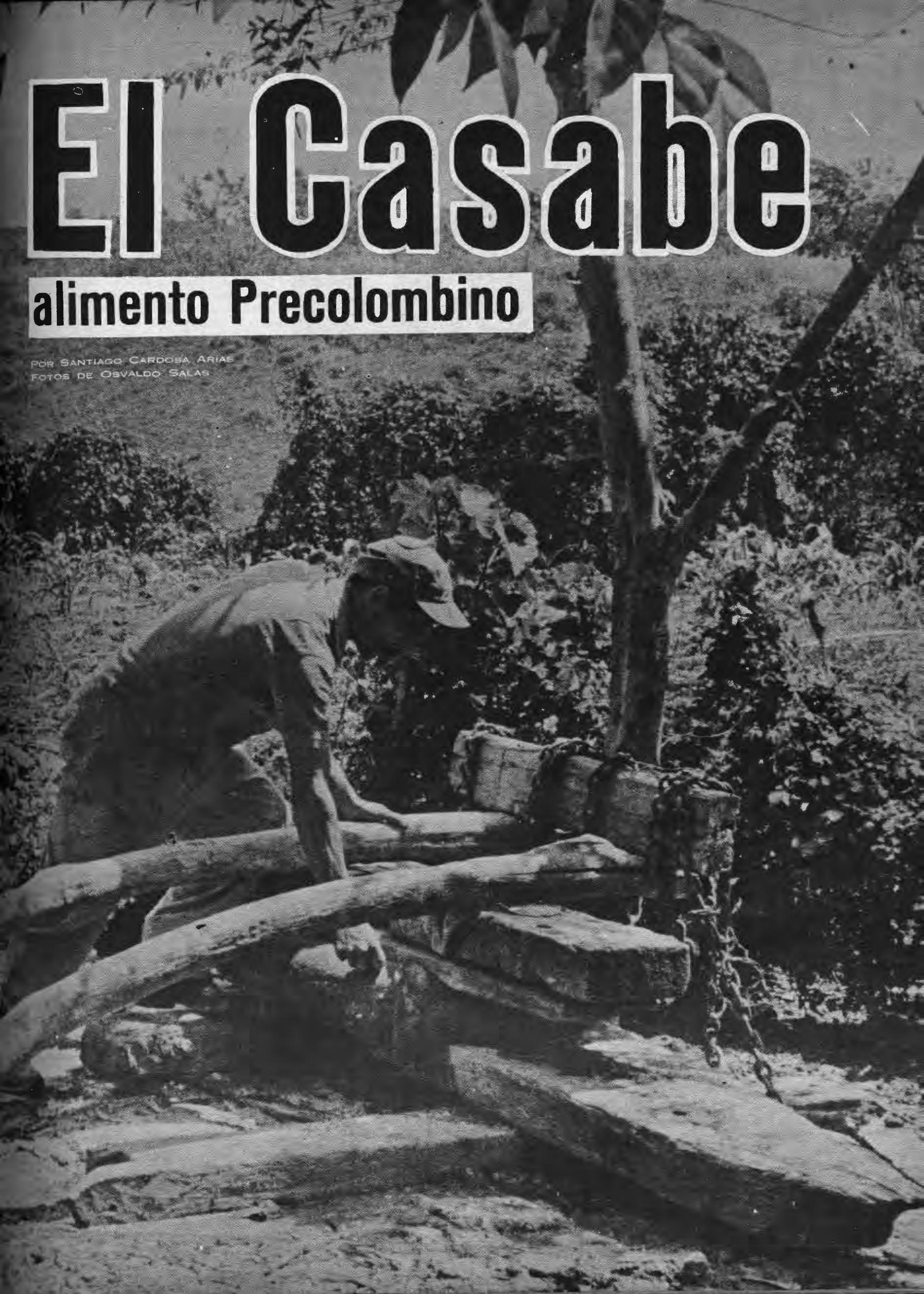
Durante años, estas interrogantes fueron motivos de preocupación para los investigadores de nuestra cultura aborigen. Pero no sería por mucho tiempo. Al estudiar el modo de vida de los guanajatabeyes, primer pueblo en la cronología cubana, se descarta la posibilidad de que fueran ellos los precursores de una industria artesanal que, después de siglos, sigue activa en nuestro país, sin que los implementos de trabajo hayan sufrido notables modificaciones en sus rudimentarios diseños.

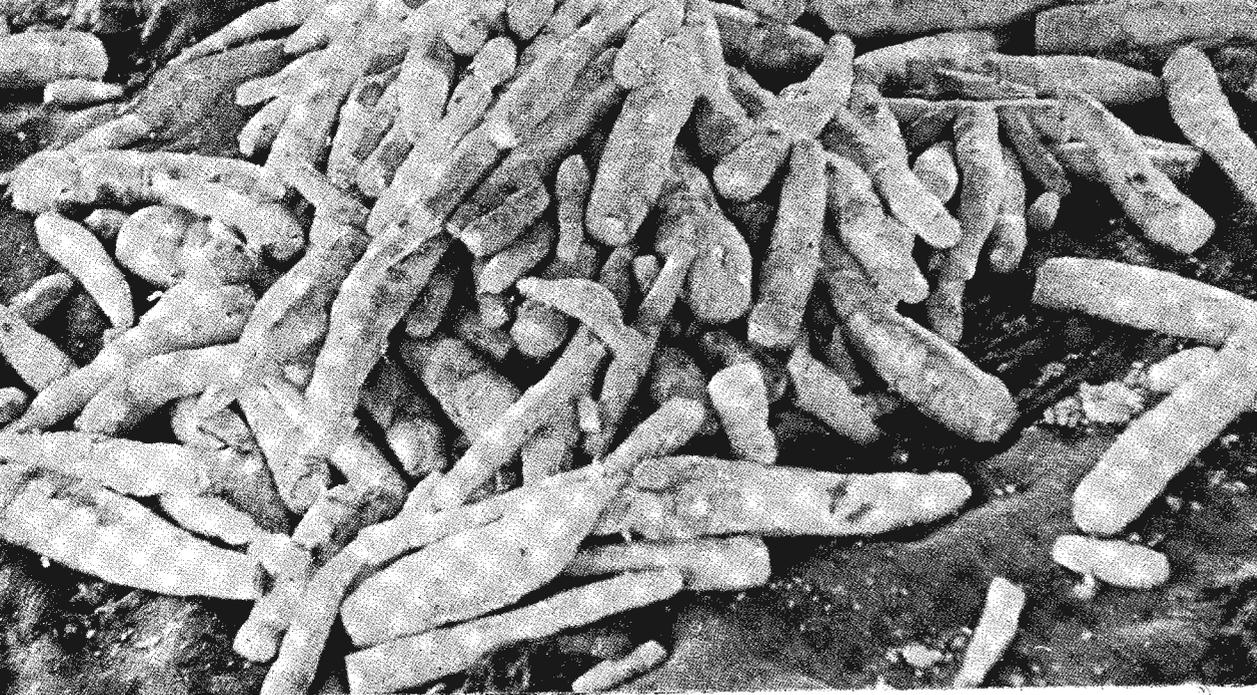
El hecho de que los primeros habitantes de Cuba no elaboraran el casabe está determinado por la escasa cultura que poseían y por su absoluto desconocimiento de la agricultura. Los guanajatabeyes, que tenían una economía recolectora, se asentaban en lugares estériles, junto a las costas, para poder obtener fácilmente los moluscos con los que se alimentaban. Tenían lo que puede catalogarse como cultura paleolítica atrasada.

El Casabe

alimento Precolombino

POR SANTIAGO CARDOSA ARIAS
FOTOS DE OSVALDO SALAS





En la elaboración del casabe se utiliza un tipo de yuca especial. Los "casaberos" prefieren la denominada "Cubita", o la "Virginia", que además de rendir mucho, son más consistentes. Es decir, el gran por ciento que poseen de almidón impide que las tortas se partan durante el proceso.

Por otra parte, y según opinión de algunos historiadores, los guanajatabeyes tampoco conocían el fuego. Es decir, su utilización. Sin embargo, esta tesis está en contrapunto con la referencia histórica que destaca el hecho de que, durante el bojeo a la Isla, antes de iniciarse la conquista, se observaron hogueras en la península de Guanahacabibes, en la parte más occidental, al parecer medio empleado por los primitivos aborígenes para comunicarse entre sí.

Los Taínos: Precursores

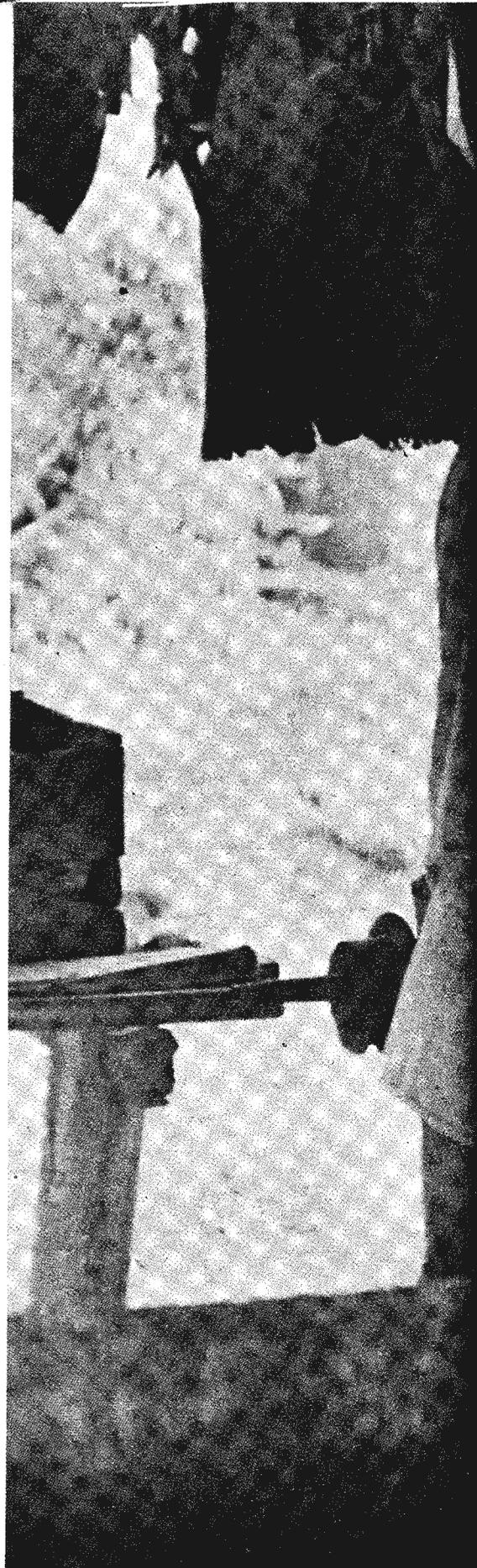
Estudios científicos de la época prueban que, aunque los siboneyes poseían una cultura más avanzada, y conocían, pre-suntamente, algún tipo de agricultura, no fueron sin embargo los creadores de esta industria.

Los siboneyes, de origen araguaca, llegaron a Cuba desde la cuenca del Orinoco en las costas suramericanas, a través de Trinidad y las Antillas Menores. De ellos se sabe que elaboraban la piedra blanda, a la cual daban forma de dagas o esferas líticas, así como otros instrumentos rudimentarios para defenderse de los animales.

Por las crónicas españolas y las investigaciones de historiadores, se considera a los taínos como los precursores de esta industria. Los taínos, de cultura más avanzada, poseían grandes conocimientos de la alfarería. Asimismo, en nuestros museos se exhiben interesantes trabajos tallados en piedra y en madera, tales como ídolos, dujos, amuletos y símbolos totémicos, evidencia de su desarrollo artístico y cultural.

Agrupados socialmente en el régimen de la comunidad primitiva, los taínos conservaban vestigios del **matriarcado**, etapa característica de aquel sistema. Los taínos tenían una cultura neolítica, y poseían conocimientos del agro. Entre otros productos, cultivaban el maíz, el boniato, el tabaco, el algodón y la yuca, esta última empleada en la elaboración del casabe... con la ayuda del fuego.

Necesariamente, hay que situarse en época tan distante para tener una idea de cómo estos aborígenes, de conocimientos tan limitados, se las ingeniaron para dar este paso de avance en el proceso del comunismo primitivo, marchando al frente de los siboneyes, de los guanajatabeyes y de los propios caribes asentados en las Antillas Menores, que ya habían demostrado sus inquietudes con sus frecuentes incursiones a la Isla de Cuba.



A Cuatro Siglos de Distancia

Aquella industria del casabe vendría a ser, al transcurrir más de cuatro siglos, fuente de trabajo para muchos humildes cubanos. Con limitadas innovaciones en los instrumentos de producción, el hombre de la Cuba de hoy dedicado a esta labor, constituye una pincelada de ese ayer tan distante. Su presencia en distintas regiones de la Isla mantiene vivo el recuerdo de una época en que nuestros antecesores tuvieron que vérselas con los naturales inconvenientes y privaciones de una sociedad primitiva no desarrollada; sociedad que más tarde sufre crueles transformaciones con la llegada de los esclavistas españoles.

La historia del **casabero** actual, como vemos, tiene su origen en época remota. Durante cientos de años se han sucedido,

generación tras generación, los conocimientos de una industria tan rudimentaria como sus inventores, pero digna del calor humano que identifica a aquellos hombres con éstos en un solo lazo de hermandad, no importa el tiempo transcurrido.

"Casaberos" de Jiguaní

En Jiguaní, simpático pueblo de la provincia oriental, numerosas familias se han dedicado por años a la fabricación del casabe.

Este hecho, si se quiere trascendental, da fama a Jiguaní, aunque es obvio que su máximo timbre de orgullo es el de ser el primer municipio de Cuba liberado en la guerra independentista —23 de abril de 1895—, fecha en que las tropas españolas evacuaron para no volver más.

Don Mariano y Orestes modernizaron el sistema de rayar yuca que empleaban los indios cubanos. Con la armadura de una caja de velocidad de un viejo automóvil construyeron un guayo de forma circular. Y no obstante lo rudimentario del artefacto, el trabajo que realizan es más fácil y cómodo.





Una vez rayada la yuca, Orestes Durán utiliza un rudimentario jibe o tamiz para cernir la "catibía". Esta operación se repetirá sobre el "burén", pero para entonces el jibe empleado tendrá unos agujeros más pequeños. El producto semi elaborado parecerá tan fino como el talco.



Ahora Gladys Labrada, la hija de don Mariano, se encarga de apisonar la "catibia" en la plancha de metal de forma cilíndrica. En una de estas planchas se quemará la torta. Luego, con manos ágiles y precisión casi matemática, la "casabera" pasa el producto a la plancha de secar ¡y ya!...



El sabroso alimento de origen precolombino fue saliendo de los "burenes" torta a torta. Pronto la estiba tocará con el techo del modesto taller artesanal, con lo que don Mariano Labrada verá cumplida una jornada más, emprendida a las dos de la madrugada.



Doña Digna Domínguez sabe por el tacto y la vista que la temperatura del rústico horno de barro dió el punto de quema a la torta de casabe. Sólo años de experiencia permiten a la anciana campesina realizar esta labor que, a simple vista, parece fácil, pero que tiene su técnica depurada.

En el barrio "El Cucán", a orilla de la Carretera Central, la familia de Mariano Labrada, un típico **casabero**, simboliza elocuentemente con su trabajo iniciado a las dos de la madrugada la tradicional industria del casabe.

Labrada, ojos pequeños, de barba hirsuta que ya se va haciendo blanca, tiene un cuerpo espigado casi tan alto como el bohío. Habla sin parar. Igual que fuma.

—No crea —dice—, no soy de los más viejos. Sólo llevo en esto unos diez u once años. Mi familia también se ha dedicado a fabricar casabe. Aquí la ve usted.

Conocemos a doña Digna Domínguez, la esposa; su yerno Orestes Durán; a Gladys, la hija, y un joven nombrado Isidro Matamoros, que le ayuda en la labor.

—Yo creo —habla Orestes— que los indios le llamaban **casabí**. Ellos, según he leído, utilizaban un guayo hecho con una piedra plana, como una laja, a la que incrustaban piedrecitas como si fueran dientes. Con eso rayaban la yuca.

—¿Y después?

—Bueno, yo no sé. Pero mire, nosotros rayamos la yuca con este guayo —lo señala— hecho de lata, y que nosotros lo instalamos a este motorcito. Pero eso fue hace poco, cuando pudimos reunir unos reales para comprarlo.

—¿Verdad que es una yuca especial?

—Claro, hombre. Es una yuca agria, que sólo sirve para el casabe y para hacer almidón. Esta yuca se le llama **cubita**; también hay del tipo **Virginia**. La otra no sirve. Es muy blandita. El casabe se parte y no rinde.

El Casabe, Golosa Compañía

Don Mariano explica luego todo el desarrollo del trabajo artesanal. Una vez que la yuca se tritura —operación que se hace dos veces—, se le saca el zumo a la **catibía** en una rudimentaria prensa construida con palos. Su fuerza motriz son varias piedras colocadas encima del saco de yute que contiene el producto semi elaborado. Ya seco, libre del líquido, la **catibía** pasa a los **burenes** (especie de hornos hechos con barro blanco, de poder refractario) y... ¡ya!

Este rico alimento, codiciado por numerosas familias cubanas, sobre todo en la provincia de Oriente y en partes de Las Villas, no requiere ningún condimento; es decir, ni sal, ni especias, o colorantes algunos. Tampoco se utiliza la grasa, pese a que algunos fabricantes de casabe, y sólo para el consumo familiar, emplean un poco de manteca en su elaboración. El casabe tiene propiedades nutritivas esenciales, como lo demuestra el hecho que nuestros aborígenes lo consideraban, junto con el

pescado, su alimento básico.

Aunque tiene un sabor, si se quiere, insípido, una torta de casabe resulta muy sabrosa si se ingiere con chocolate o con café con leche. También es tradicional en muchos lugares poner en la mesa el Día de Nochebuena varias tortas del alimenticio producto, que lo mismo sirve para acompañarlo con platos de un espléndido menú, como con una mermelada de coco, guayaba y otras.

La forma circular del casabe se la dan planchas de metal igualmente circulares, situadas en el burén de manera funcional. En el caso específico de esta industria, hay un burén con dos planchas: en una, se quema la yuca rayada, y en la otra se seca. Es un proceso aparentemente fácil. Pero sólo años de experiencias permiten que el producto quede bien elaborado, tostado uniformemente como lo quiere el público consumidor, y con la presentación escrupulosa que requieren los alimentos.

Estas experiencias las tienen los integrantes de la familia de Mariano Labrada, como otros casaberos de Jiguaní y demás lugares de Cuba, transmitidas, generación tras generación, de aquellos laboriosos aborígenes que la Historia denomina como precursores de esta interesante y alimenticia industria artesanal.

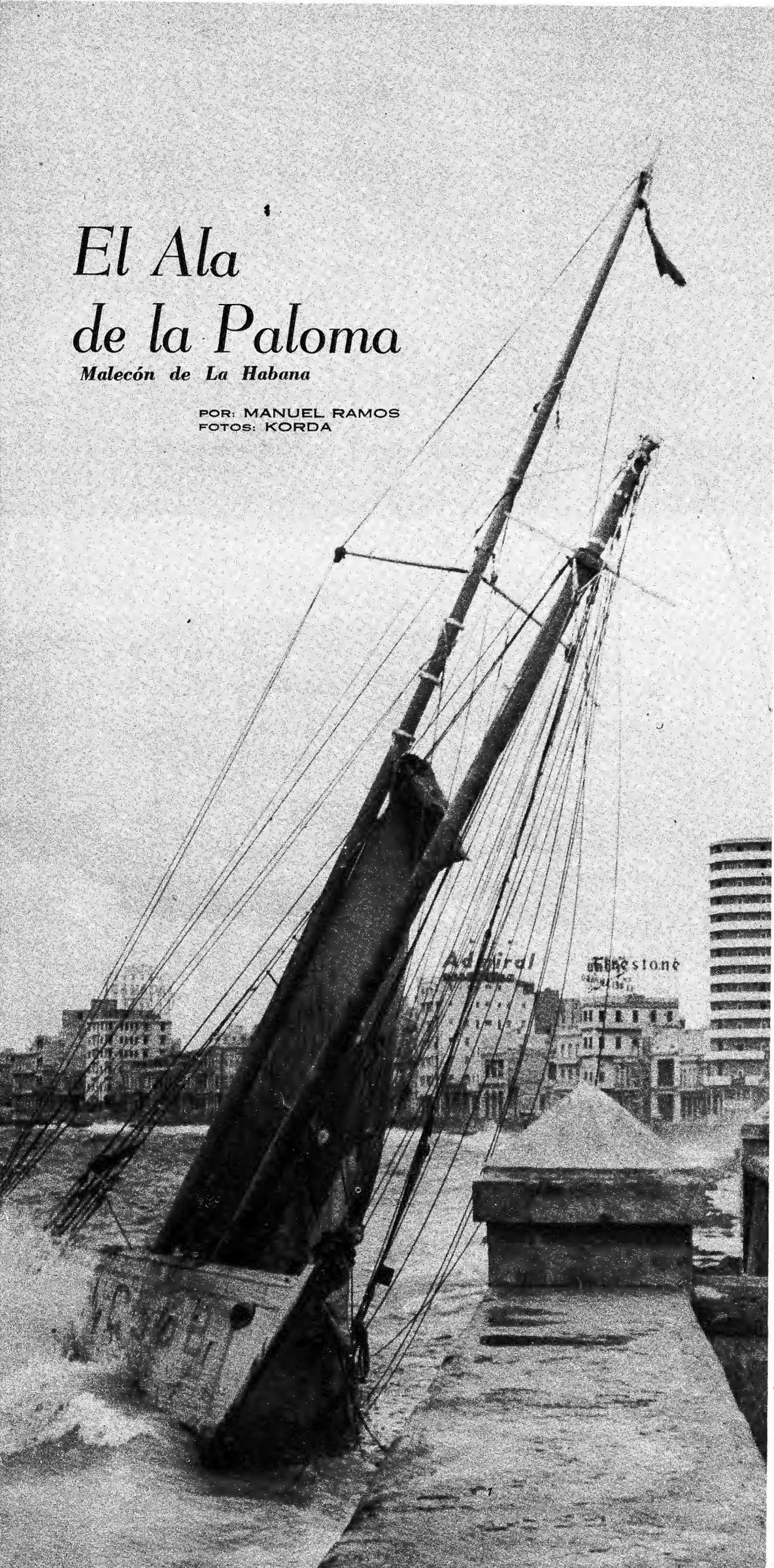


Es aquí la torta de casabe
terminada y lista para enviar al
mercado. Don Mariano sonríe
satisfecho y convencido de que
los consumidores buscarán el
producto que tiene la
marca que distinguirá su casabe
de otros, ya que todos saben
que durante doce años su
calidad no ha variado.

El Ala de la Paloma

Malecón de La Habana

POR: MANUEL RAMOS
FOTOS: KORDA



Exactamente igual que la saya de una muchacha que cambiara sus medidas mientras ésta se espiga, el Malecón ha ido creciendo con La Habana. A cada nuevo impulso de nuestra ciudad siguió un desarrollo del paseo.

El Malecón es a la vez, crónica y cronista de La Habana; por sus muros rezuma leyenda, noticia y visión dura. Desde 1902, fecha de su inicio, hasta esta luz de julio militante, Cuba fue marcando recuerdos en su acera: cuando el haz de velas coloniales impulsaba al barco español por la bahía, en 1857, don Francisco Albear, notable ingeniero cubano, trazaba en el panel las futuras líneas del paseo. Sin embargo, aquel proyecto no habría de realizarse sino pasados 45 años, cuando el país vivía bajo la ocupación de la infantería de marina de los Estados Unidos. Desde entonces, con esfuerzo, el Malecón fue creciendo a cada día. Supo de las luchas de este pueblo, de la esperanza tercamente acariciada, de la sangre vertida en el camino.

Por ese mismo mar que el Malecón conoce, un joven con 81 compañeros navegaba. El Granma trajo la antorcha y Fidel la colocó en la Sierra. El Malecón vió a los muchachos dejar el pico y la pala, y la novia y la sonrisa, y el libro y las ciudades. La guerrilla se levantaba como un viento terral que hiciera hervir la sal del mar. El malecón retumbó con el eco de las bombas clandestinas. Los jóvenes amanecían muertos en la acera. ¡Qué soledad del Malecón a solas!

Cuando el día inicial de enero amaneció con la Revolución definitiva, una nueva luz cayó sobre Cuba: el Malecón ocupó su sitio. Se llenó de risas, y de niños, y de enamorados, y de pacientes pescadores ciudadanos. La Habana recobró su ala de paloma; porque el Malecón es a La Habana lo que el ala a la paloma: la sustancia.

Como una estampa viva de la aurora, en el sitio donde el águila rampante del imperio se asentaba, el pueblo se dispone a contemplar la paloma de Picasso bienamada.

Las costumbres del Malecón cambian con la hora. En las mañanas redondas, cuando el mar es un aljibe, un ojo perfecto que se anima, con el viento detenido combando apenas el velamen de las goletas, el Malecón se pone en pie; es el momento en que regresan las barcas pescadoras que vimos agitar farolas en la noche. El miliciano que cubrió la última posta se frota los ojos con la mano, cuelga del hombro su arma vigilante y aguarda su relevo compañero. Un hombre recoge el cordel con el anzuelo, cierra la bolsa donde guarda los pescados, y silbando se dirige a su cocina.



SUS MUROS REZUMAN
LEYENDAS Y NOTICIAS.
ES A LA VEZ CRONICA
Y CRONISTA CIUDADANO.



TODAS LAS TARDES EN
EL MALECON EL VIEJO
PESCADOR TIENE SU
PIPA Y CAÑA LISTAS.



SIN LA PAREJA DE
ENAMORADOS EL MALECON
NO EXISTIRIA . . .



EL CREPUSCULO DE LA
HABANA ES LENTAMENTE
LARGO. HAY TIEMPO
PARA UN SUAVE PASEO.



A la hora de la sombra vertical bajo La Habana, con las doce del día en los relojes, el malecón recibe gavillas de muchachos que desde allí se zambullen en el agua: no hay risas más sonoras que las que entonces rebotan en las piedras.

En la tarde los obreros salen de talleres y de fábricas; en cuadrillas cantando van a sus hogares. Al pasar el malecón apoyan las manos de trabajo sobre el muro y descansan los ojos en la espuma.

El crepúsculo en La Habana es largo y prolongado, con una luz violeta que se calma lentamente. La ciudad, entonces, más se aclara y el mar hierve con el sol adentro. El malecón ríe con los niños jugando en sus aceras, y hay madres que les cuidan y abuelas satisfechas, y hombres de oficina que abandonan la corbata y acuden a este muro a ver el tiempo o a ensayar la suerte en el anzuelo. No hay en el mundo algo más tierno que esa pareja con 50 años en común sobre la tierra, que serios, muy serios, ayer se tomaban de las manos buscándoles figuras a las nubes. A su lado pasaron los novios que un ayer más cercano se conocieron y que hoy fabrican planes y sonrisas.

Para que estos niños y estas madres, y las parejas de viejos y muchachos puedan tener en sus ojos el crepúsculo, el pueblo miliciano otea el horizonte con prismáticos, y mantiene engrasados los cañones.

En la noche el malecón se cuaja y bulle. La Habana enamorada por su acera circula

y se conversa. El mar, animal doméstico que se frota las espaldas, en las rocas lame la sal también enamorado.

Junto al amor en pares florece la alegría familiar tan agrupada. De la mano el abuelo y el hijo, y el nieto avanzan junto al mar pateando una piedrecita. La amistad en grupos se congrega y se discuten las labores realizadas. Se cambian opiniones y enseñanzas de tareas. Se robustece la unidad de los amigos.

El viejo pescador prepara los anzuelos y habla de antiguas aventuras marineras a una joven pareja uniformada. Ella con la boina miliciano entre las manos se llena los ojos con delfines.

El humor del malecón he visto variar con el barómetro. Con el norte golpeando sus paredes, el malecón aulla y cañonea. El mar estalla manotazos en el muro. La avenida se inunda con marismas. Como una consigna las olas revientan en bengalas. Un ciclista cayó derribado por el agua. He visto niños a risa abierta capeando el golpetazo. En la esquina de la calle G, el mar se eleva en un largo chorro salido del desagüe ¡Qué palmera elemental llena de sales!

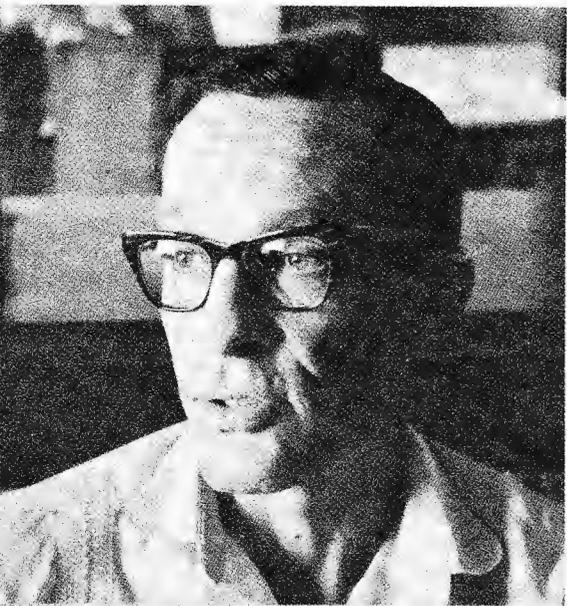
Después, cuando el norte se duerme y el buen tiempo reluce de nuevo en esta Habana, el malecón recobra la ternura. Hay parejas de vuelta y los ancianos. Los pescadores preparan los cordeles y los faroles de las barcas vuelven a bailar sobre la noche.



A LA IZQUIERDA, EL
MONUMENTO AL MAINE.
AHÍ ESTABA LA PALOMA
QUE ESCULPIÓ PICASSO.



"DECIDIMOS ENFRENTARNOS AL FEROC COMITE..."

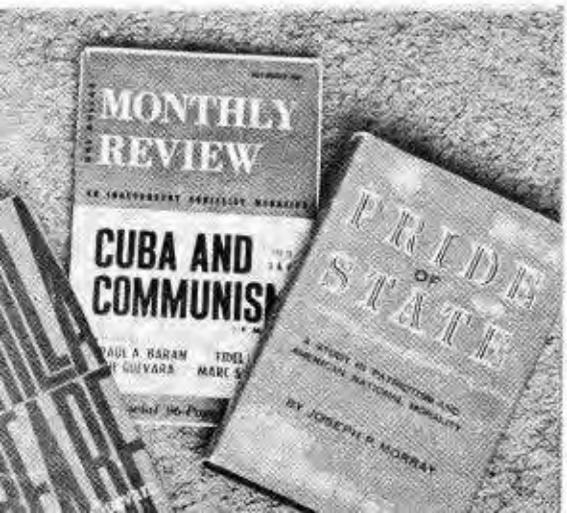


FUE DIPLOMATICO NORTEAMERICANO EN MADRID



SUS DOS HIJOS, DARIO Y JOSE, SON PIONEROS

TRES LIBROS Y UN NUEVO PENSAMIENTO



LOS norteamericanos Marjorie y Joseph Morray no forman pareja solamente en la sociedad matrimonial, sino en la concepción general de la vida, en coincidencia de ideales y en el esfuerzo tenaz por llevarlos adelante. El es abogado, profesor de política internacional y escritor a quien la Editora Nacional de Cuba está imprimiéndole ahora precisamente, un libro cuyo título en inglés puede traducirse así: "De Yalta al desarme. Debate sobre la guerra fría". En ese campo se le debe también "Orgullo de Estado", que clasifica como "estudio sobre patriotismo y sobre moral nacional norteamericana."

Es la primera de sus obras, y la concibió en Tarragona tras haber renunciado como agregado naval adjunto a la embajada de los Estados Unidos en Madrid. Mientras desempeñaba ese cargo, vió y se le revelaron problemas que inspiran sus luchas de ahora. También vertió al inglés "Guerra de Guerrillas", del Che Guevara, y está terminando un libro sobre la Revolución Cubana.

Esta obra le fue encargada por la Fundación Rabinowitz pero vencida la beca Joseph Morray fue llamado a la Universidad de La Habana para explicar política internacional. Puede hacerlo porque, como Marjorie, habla bastante bien el español.

Ella era profesora universitaria en su ciudad natal —Chicago— y ahora entre nosotros tiene alta responsabilidad relacionada con la preparación de profesores de inglés según el "Plan Fidel".

Un Sucio Comité

El encuentro inicial fue con Marjorie Morray, que a instancias nuestras describe por qué pasaron ellos del campo de la diplomacia norteamericana al de su actitud actual.

La respuesta surge a flor de labios:

—¡Por lo que vimos en España cuando estábamos en la embajada!

Pero Marjorie no es precisamente mujer de escasa palabra ni de palabra ajena a medios auxiliares de expresión: frecuentes movimientos de manos ágiles, abundancia de gestos, miradas rápidas y brillantes. Continúa:

—Comprobamos las enormidades de Franco contra los comunistas y los antifascistas, que batallaban por la felicidad de su pueblo. Eran de tal índole las infamias que mi marido sintió la necesidad de exponerlas, como indignada acusación, en "Orgullo de Estado" y constituyen el motivo especial de que nosotros cambiáramos de pensamiento hacia el de una verdadera democracia.

—Volvimos a California —informa Marjorie Morray— donde él ocupó su cátedra, la misma con que ahora lo ha honrado la Universidad de La Habana, y yo otra en el Piedmont High School.

Una pausa, y adelante:

—Allí nos incorporamos a los esfuerzos por la paz, que tanto incremento han cobrado en un mundo que siente la amenaza de su propia destrucción. Simultáneamente decidimos enfrentarnos al feroz Comité que persigue supuestas actividades anti-americanas y que alcanzó su "esplendor" nefasto bajo el auge de McCarthy y su cruel política. Este organismo se desarrolló en San Francisco con especial saña. Acudió allí para tejer sus marañas frente a una huelga estudiantil, y, desde luego, para combatir a nuestro "contracomité", formado en apoyo de la democracia agredida por legisladores reaccionarios que acosan a buenos ciudadanos. Todo esto ocurrió el 14 de mayo de 1960. En aquella ciudad californiana se valieron de la policía para atacar a gente pacífica que se limitaba a hacer uso de sus derechos constitucionales. En complicidad abierta, muchos periódicos publicaron fotografías falsas encaminadas a disimular la verdadera naturaleza de los hechos. De allí nos sacó



UNA CLASE OBJETIVA DE INGLES EN EL "CARLOS MARX", UN COLEGIO QUE ANTES FUE PARA LOS PRIVILEGIADOS.

la Revolución Cubana. Brillaba demasiado para que no nos atrajera su resplandor. Y aquí estamos, deslumbrados.

Dario y José.

Marjorie Morray se muestra jubilosa después de decir esto. Se sosiega de un instante para otro, sonríe, y cambia el tema:

—Queremos regresar en agosto a Estados Unidos.

Vuelve a sonreír y da respuesta a nuestro pensamiento:

—No. Será un ir y volver, porque espiritualmente necesitamos proclamar allí la hermosa verdad cubana, deshacer infundios, contribuir a poner las cosas en su sitio. Primero asistiremos a la Conferencia del Desarme en Moscú.

Marjorie Morray es muy inteligente. Y nuevamente trata de atajar una preocupación nuestra. Parece adivinarla:

—Será muy difícil entrar en nuestra patria después de haber estado en la Unión

Mr. & Mrs. Morray

en el camino de Cuba

POR GRAZIELLA MENDEZ
FOTOS DE CARLOS NUÑEZ



Soviética, y más difícil todavía salir para volver a Cuba. Pero lo conseguiremos. Estamos dispuestos a cualquier riesgo, porque consideramos indispensable ayudar a que nuestros compatriotas abran los ojos y vean las cosas como son. ¡Están muy engañados por una falsa y amañada propaganda!

Como si quisiera ofrecernos una garantía, nuestra entrevistada informa:

—Nuestros hijos permanecerán aquí hasta fin de curso. Tienen ocho y once años, son pioneros, y estudian en Ciudad Libertad. Se llaman Darío y José...

Este segundo nombre lo pronuncia Marjorie con deliberada lentitud. Como si tratara de llamarnos la atención sobre él. Pero no es necesario, porque ya nos ha sorprendido la españolización del "Joseph".

—Sí... Le hemos traducido el nombre al español.

Al dejarnos aquí a Darío y a José mien-

tras ellos hacen su recorrido nos demuestra el matrimonio Morray la confianza que le inspiran nuestra Revolución, nuestra escuela, nuestro ambiente.

Pedagogía Objetiva

Marjorie nos propone una visita —y la realizamos— a varias aulas donde los profesores de inglés adiestrados por ella están desarrollando sus actividades. Y pudimos comprobar que son positivamente eficaces por la capacidad individual y por la pedagogía puesta en práctica, basada en láminas que ellos mismos confeccionan para lograr un sistema verdaderamente objetivo sobre temas que propicien una enseñanza práctica.

Estuvimos en las escuelas de Secundaria Básica "Carlos Marx" (Ruston), "Héroes de Yaguajay" (Lestonnac) y "Rubén Martínez Villena" (Merici). Otras son la "Manuel Asuncion", de Tarará, que tiene seis bloques y matrícula de mil ochocien-

tos alumnos; "Playa Girón" (Sagrado Corazón); "Julio Antonio Mella" (Lafayette); "José Manuel Lazo Vega" (Ursulinas); "Pablo de la Torriente Brau" y "La Salle" (de Miramar).

Llegamos en momentos propicios para presenciar el desarrollo de las clases, demostrativo de la capacidad de quienes las imparten, bien seleccionados por Marjorie Morray, bien adiestrados por ella, y asistidos por un sistema pedagógico que facilita la enseñanza práctica para el mundo de la técnica, el del comercio, el de la agricultura. Se utilizan, para alcanzar la mejor objetividad posible, láminas que exponen temas adecuados y ejercicios de diálogos entre alumnos.

Todos los profesores pasan por dos cursos acomodados al horario de trabajo: uno para metodología, práctica docente y lingüística; y otro de amplia superación, bastante más avanzado.

Los Becados Cuentan

Interceptamos a algunos becados cuando se trasladan de un sitio a otro.

Nelsa González, viene de Bauta. Allí residen sus padres que prestan servicios en una Cooperativa Tabacalera. Desde el mes de febrero estudia en la escuela, y ya puede hablar un poco el inglés. Nos dice:

—Me interesa aprender bien ese idioma, pues pienso cursar más adelante la carrera de Química Industrial, y lo voy a necesitar mucho.

Después nos acercamos a Reynaldo López que va a dedicarse al estudio de la Ingeniería Aeronáutica. Por el momento cursa el segundo ciclo de secundaria básica. Nos atiende con una cordial sonrisa al tiempo que dice:

—Ahora sí estoy contento, porque la Revolución me brinda la oportunidad de escoger el camino que prefiero. Puedo estudiar tranquilamente sin necesidad de tener que pensar en ganarme el sustento.

Las Maestras Hablan

También queremos la opinión de algunas maestras que coinciden en expresar su fe absoluta en los resultados del plan:

Astreida Lasa, que se hizo profesora en el cursillo del año pasado en Ciudad Libertad, dice:

—No sólo estoy convencida de que el "Plan Fidel" será un éxito sino que estoy comprobando ya en la práctica muy buenos resultados, y lo que es mejor: mis alumnos ponen tanto empeño en aprender que el cursillo se está desarrollando a una velocidad vertiginosa.

Por último abordamos a Norma López Buttari que nos informa de sus antecedentes:

—Siempre fui maestra. Primero en Balador, y luego aquí. También lo fui ocasionalmente en St. George, donde me eduqué. Y ahora estudio idiomas en la Universidad de la Habana.

Y agrega:

—Seguiré siendo maestra porque es lo que me gusta. Sobre todo de estos muchachos que son tan aplicados, y que sienten tan sinceramente la Revolución.

Un Pequeño Coro

Terminamos en un pequeño coro, al modo de García Lorca, donde los motivos centrales son la Revolución y Fidel:

—¿Quién soñó que podría verse este espectáculo que Cuba le ofrece al mundo?

—Es la luz del Continente.

—Fidel convence por lo que ha hecho y por su sinceridad incontenible.

—Es el guía firme de América Latina.

—Es uno de los grandes líderes de este siglo.

—Es más que eso: es el pueblo.

Cuba, un Camino Abierto

Regresamos al departamento, donde ya está el señor Morray, muy preocupado porque no ha acabado de saber, con exactitud, cuándo se dice "por" y cuando se dice "para". Esa es su duda crucial en el castellano.

Viene de la Universidad, echando humo... por un tabaco cubano. Pero muy contento de su clase según le dice a Marjorie, que recoge siempre las impresiones de cada día.

Ya podemos irnos sin molestar demasiado al señor Morray que llega para el almuerzo, porque Marjorie nos ha puesto al tanto de todo.

La última pregunta:

—Usted, señor Morray, ¿es igualmente optimista en cuanto a que podrán regresar a Cuba?

—Naturalmente. Siempre hay un camino abierto cuando espera Cuba.

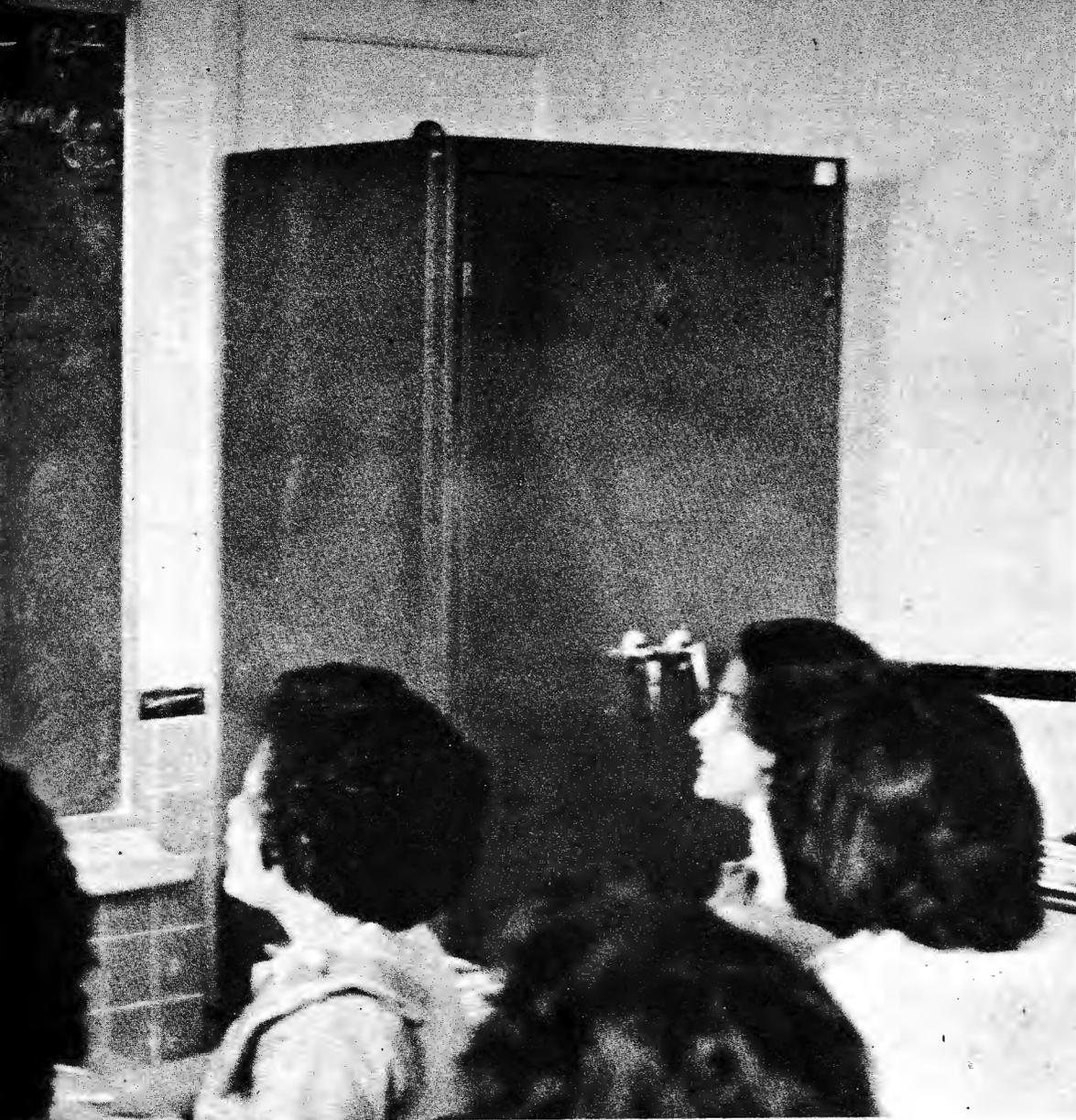


EXPRESIVIDAD Y MIMICA JUEGAN ESENCIAL PAPEL EN LA ENSEÑANZA DE IDIOMAS. HAY UNA PLENA IDENTIFICACION ENTRE MAESTRA Y DISCIPULOS.



LA FAMILIA MORRAY DURANTE UNA TARDE HOGAREÑA. JUNTOS COMENTAN SONRIENTES LA DIVERSIDAD DE SUS LABORES EN LA CUBA REVOLUCIONARIA.

LA ATENCION DE ESTE ALUMNO AUGURA UN BUEN RESULTADO EN EL APRENDIZAJE DE UN NUEVO IDIOMA —EL INGLÉS— QUE ENRIQUECERA SU CULTURA.



ALGODON:

Fuente de riqueza revivida

Por ROBERTO DIAZ GONZALEZ

FOTOS DE ROBERTO COLLADO



Las pacas de algodón se acumulan en los almacenes listas para ir al mercado.



CUANDO nuestro país era colonia de España, el algodón fue pródiga fuente de riqueza. Aun antes, al descubrir Colón esta Isla que llamara "la tierra más hermosa", los exploradores que envió al interior dijeron que la planta era indígena del territorio y hallaron en sólo un bohío de los aborígenes un bulto de 12,000 libras de peso de esta fibra que los indios utilizaban en telas y mantas.

Colonos franceses que huyeron de Haití, comenzaron a sembrar algodón en Cuba a mediados del siglo XVIII en la región oriental en terrenos que no servían para caña, café, cacao u otros productos.

Ya en 1839 los cultivos adquirieron importancia extrayéndose sólo en Oriente 82 mil arrobas.

Las siembras se hacían principalmente en los cafetales, ingenios y potreros, existiendo apenas una docena de haciendas de algodonales, propiamente dichas.

Abandono casi Completo

El creciente desarrollo de la industria algodonera en Georgia y otras zonas colindantes de los Estados Unidos, la poca estima en que se tenía el producto en Europa, el aumento de la importancia de la caña de azúcar y la intervención de otros factores, causaron —a principios del siglo XIX— la iniciación de nuestra decadencia del cultivo algodonero.

Después de la instauración de la República, llegó a ser casi completo el abandono de esta fuente de riqueza, quedando apenas algunas siembras dispersas en las seis provincias, en especial la de Oriente.

Sin embargo, el producto logrado en Cuba era de primera calidad en la época de los colonos franceses.

En medio de la enconada competencia por los mercados de aquel entonces, los algodoneros de Cuba enviaron muestras a la Sociedad de Manchester para que fueran examinadas y se informara sobre sus características. El certificado expedido expresa: "los vellones eran de tal blancura y consistencia que resultaron si no superiores, rivales a lo menos del mejor algodón que recibía Inglaterra."

Posteriormente el algodón cubano fue reconocido como superior al de otros muchos países productores, con la ventaja de que sus cultivadores no tenían que temer las heladas que destruyen las plantas, como en Georgia y las Carolinas, en Estados Unidos.

Cuatrenio de Ensayo

"Nos casaron con la mentira, y nos obligaron a vivir con ella", dijo una vez el máximo dirigente de nuestra Revolución, comandante Fidel Castro.

Y hasta en esto del algodón la mentira imperó entre nosotros. Durante años, técnicos norteamericanos afirmaban de modo categórico que aquí era imposible lograr el desarrollo de esta fibra, que el clima cubano era inadecuado, que las plagas y enfermedades hacían improductiva la explotación.

Con todo esto trataban de cubrir la verdad de que contamos con condiciones óptimas de clima (sin tormentas, sin nevadas que destruyen las cosechas) con tierras de inmejorables características, con una distribución de lluvias en los meses más indicados, todo lo cual permitirá que nuestra producción algodonera no sea menor de 1,300 kilogramos por hectárea.

Apenas asumió el poder el Gobierno Revolucionario se dió a la tarea de lograr el resurgimiento de la explotación algodonera, iniciando un cuatrenio de ensayo con el cultivo de la fibra en 134.20 hectáreas (10 caballerías), en Ciego de Avila.

Progresivamente fue en aumento el plan a través de los años 1959 al 1961, hasta alcanzar el área de 27,041.30 hectáreas

(2,105 caballerías) en la última cosecha.

Además de los cultivos en cinco de las seis provincias, la producción algodonera se desarrolla con nueve plantas desmotadoras, con capacidad de producción de cinco pacas de 500 libras por hora.

Metas de Producción

Las nueve plantas desmotadoras se encuentran funcionando en Ciego de Avila, la de "Mártires de Playa Girón"; en Jiguaní, Oriente, la "Rubén Acosta"; en Manacas, Las Villas, la "Augusto Rodríguez Mena"; en Nuevitas, Camagüey, la "Rubén Martínez Villena"; en Colón, Matanzas, la "Patricio Lumumba"; en Victoria de las Tunas, Oriente, la "Ejemplo de América" y en Guantánamo, la "17 de Abril", más una en Pinar del Río y otra en Manzanillo.

La producción de cada una de estas plantas fluctúa de acuerdo con la bondad de las cosechas que puedan ser recogidas en las zonas agrarias respectivas, pero la capacidad de las unidades es de 40 pacas de 500 libras cada ocho horas de trabajo.

Y con vistas al año 1962-63 han sido fijadas metas definitivas de cultivo.

Por tales metas se asigna a las granjas del pueblo 28,557.76 hectáreas (2,128 caballerías); 9,890.54 hectáreas (737 caballerías) a cooperativas cañeras y 161.04 hectáreas (12 caballerías) a miembros de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP).

Técnicas de Cultivo

Todo el rico caudal de conocimiento y experiencias de los cuatro últimos años permite esperar excelentes resultados en las cosechas venideras.

En términos generales, el experimento del cuatrenio ha dado buenos resultados, tanto en la calidad del algodón como en los rendimientos, según la opinión de Kazim Gulanov, integrante del contingente de 300 técnicos soviéticos que desde 1961 vienen cooperando en los trabajos para el desarrollo agropecuario con los especialistas cubanos a cuyo frente se encuentran los ingenieros José C. Campos, administrador general de Algodón y Aquiles Iglesias y los maestros agrícolas Ricardo Lorenzo y Evelio Padrón.

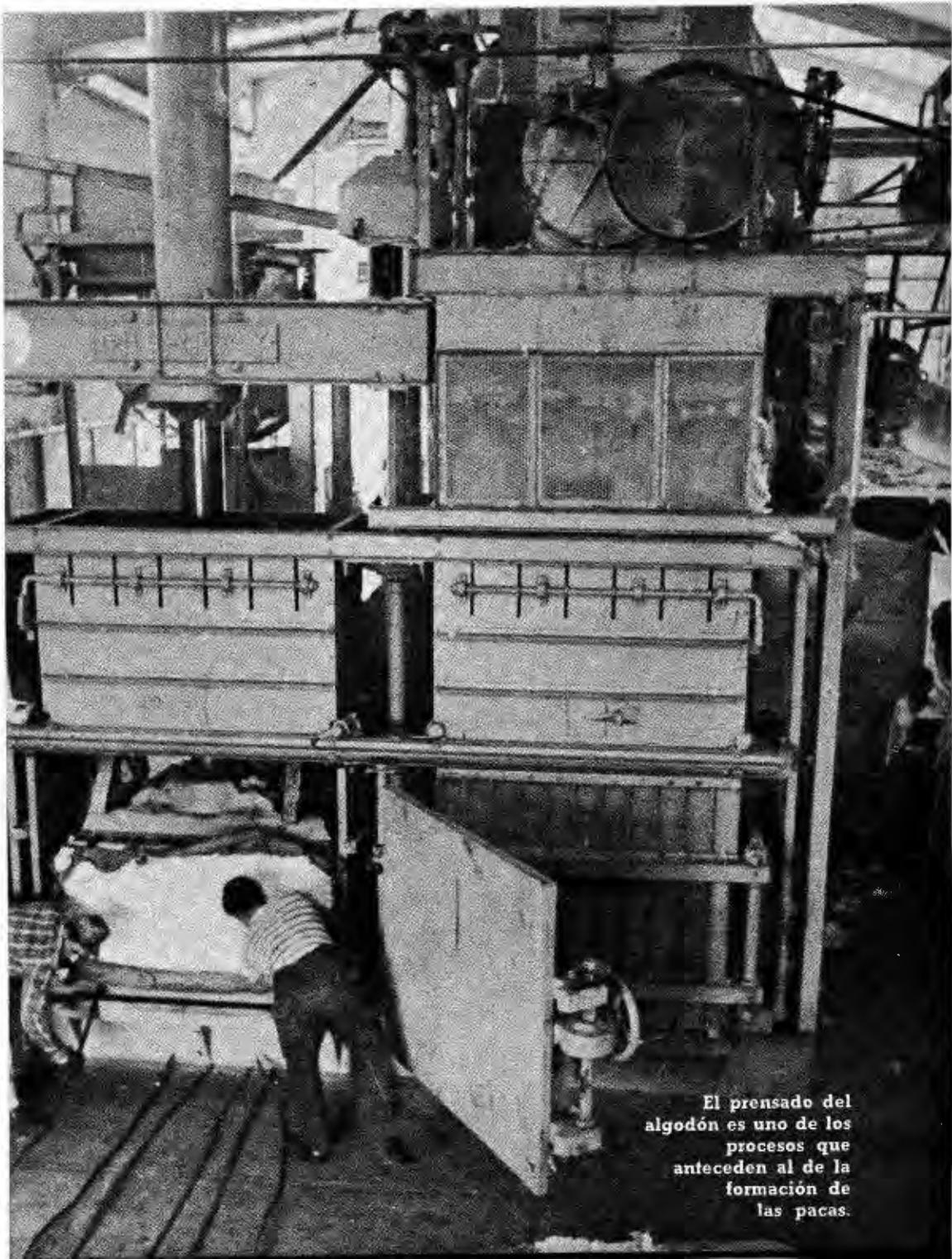
Ambos grupos de técnicos convinieron en un método de cultivo que va desde la selección de los terrenos hasta la recogida de las cosechas.

Según tales medidas, en noviembre y diciembre próximos se procederá a la recolección de los cultivos que han de iniciarse el 25 de este mes de junio hasta el 30 de julio entrante.

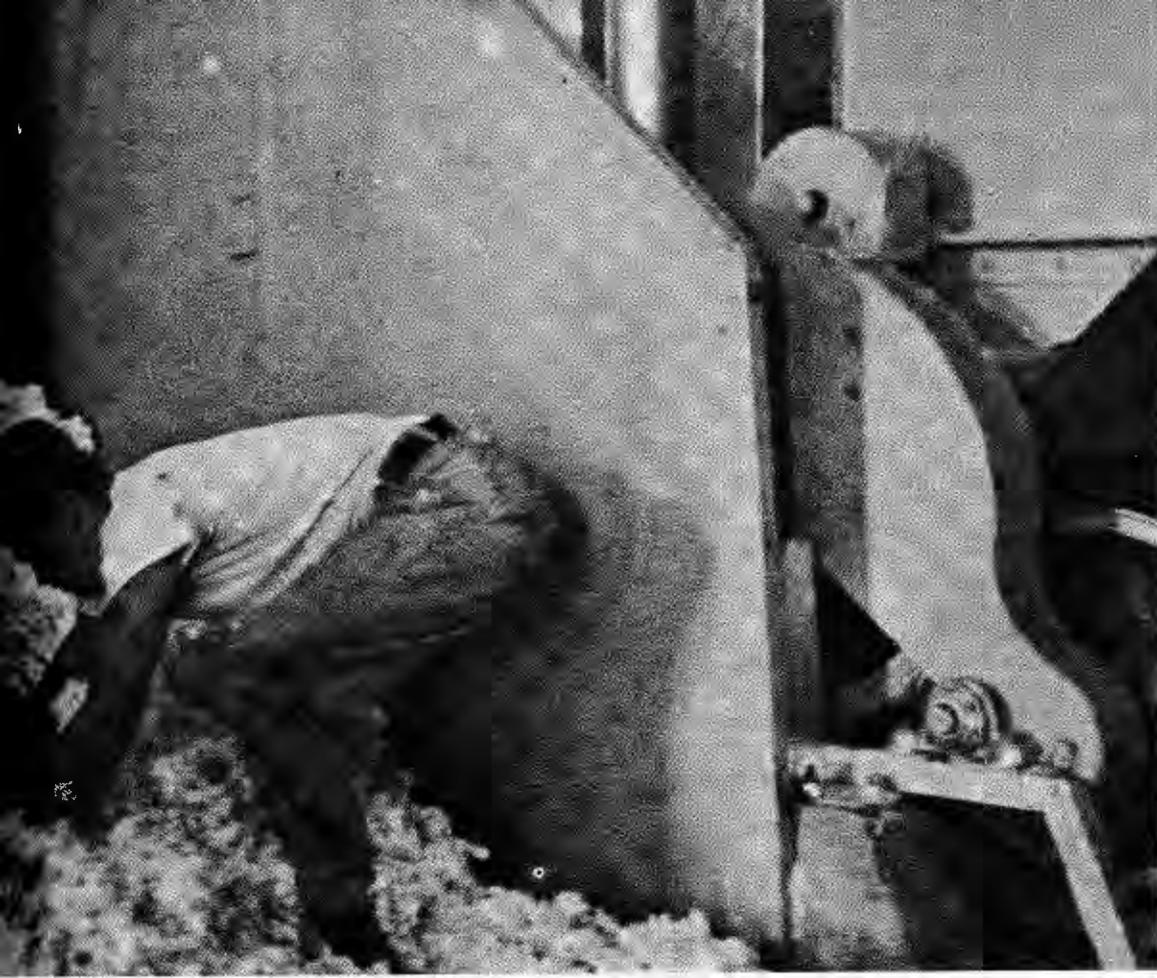
Triunfo Económico

En resumen, se ha logrado un triunfo económico que ya el año pasado representó una producción de unos diecinueve millones de pesos y una economía de otros catorce millones (esto en divisas), que antes representaban las importaciones de esta fibra.

La producción algodonera de 1962-63 se espera que cubrirá con creces el monto de las necesidades cubanas y cuando hayan cumplido todas sus instrucciones las granjas, las cooperativas y los agricultores pequeños, en noviembre y diciembre veremos sus campos cubiertos de millones de copos blancos sobre millares de hectáreas que llevarán un elocuente mensaje de lo que es capaz de lograr el hombre cuando una sus esfuerzos para una creadora tarea colectiva.



El prensado del algodón es uno de los procesos que anteceden al de la formación de las pacas.



Los copos blancos caen en la desmotadora, ya limpios de todas las impurezas.

Las plantas de elaborar el algodón desarrollan un vigoroso ritmo en la producción masiva.



Guamá

MODAS Y BELLEZA DE CUBA





Esta graciosa combinación, blusa y amplia saya listada se realza con zapatos y cartera de yarey de manufactura criolla.

RECORRER Guamá y la Laguna del Tesoro es un deleite.

A tal punto es atractivo este centro turístico construido por la Revolución, que sirvió de escenario natural donde se desarrollaron airosas modelos en testimonio del carácter vital que puede dársele a una exhibición de modas. ¡Así es de sorprendente este panorama de la indumentaria femenina! La más diversa vestimenta perteneciente a la línea deportiva en multiplicidad de estilos: saya ancha, saya estrecha, favorecedores plisados, blusas y blusones, modelos enterizos con acertadas combinaciones en colores; batas de casa y de dormir y mañanitas. Además, shorts, bermudas, ceñidos "slacks", trusas —desde las de una pieza hasta la diminuta bikini— y numerosas creaciones. Zapatos y accesorios propician las más elegantes combinaciones. Las carteras constituyen un canto a la materia prima criolla: guira, yarey, henequén. Así como los collares confeccionados con distintas semillas como las de Santa Juana, y los de caracoles ensartados con las populares polymitas de Baracoa. Las telas son cubanas, o chinas. Entre estas últimas, abundancia en seda y poplín. Esos mismos dos orígenes tienen las sombrillas. Las importadas ostentan una calidad que ya es tradicional y las adornan finos bordados. Las de elaboración local muestran el mágico poder de la inventiva: sobre algodón estampado común, nylon impermeable y de nítida transparencia que deja ver decorativos dibujos florales. Cuba avanza porque trabaja, y crea.

El campo de las modas no es una excepción. Se comprobará de punta a punta de la Isla cuando se ponga al alcance de todos lo que se ha visto en Guamá como una primicia del verano que se nos avecina. Y muy a tiempo lo que corresponde al tibio invierno de Cuba que le sucederá unos meses más tarde.

El sol tropical trae con sus rayos al nuevo día. Ella lo inicia jubilosa, con su indumentaria deportiva, lista ya para emprender el recorrido por la bella Laguna del Tesoro.

*Objetos decorativos
creados por artesanos
cubanos.*



Vistosos collares de barro cocido, creados por el Taller de Cerámica y Alfarería del Parque Nacional de la Península de Zapata.



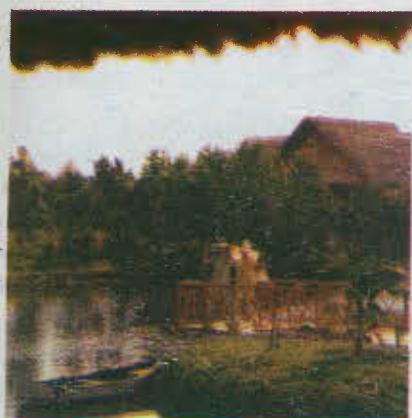
La belleza de esta joven hechiza hasta los cocodrilos. Ella muestra una sencilla combinación de saya azul y blusa de punto blanca. Bonito complemento es la sombrilla china de seda bordada en colores.

Atractivo conjunto de saya y blusa, ambas en poplín chino, que tiene elásticas aplicaciones. Puede usarse por la mañana o por la tarde en salidas informales.





¡El más rico matiz deportivo! Los dos extremos en materia de trusas: la de una sola pieza, y por eso preferida por nuestras mujeres y la audaz "bikini", muy usada tanto en los países socialistas como en los capitalistas. Las lucen, desde hamacas criollas confeccionadas con fibra de majagua. Al fondo, la piscina de madera única en



el mundo. Sigue el desfile de modelos deportivos: el fresco camisero de poplín con amplia falda; otra falda combinada con una graciosa blusa; juegos de playa en color entero o estampados. Y la Bermuda, complementada con cómodas sandalias y sombreros de protectoras alas. Los ceñidos "slacks" contrastan con la airosa amplitud de las pamelas.





Los trabajadores de Guamá utilizan un lanchón al que, por su forma, llaman "el tabaco". Ahora transporta a una muchacha, cuya silueta captó el lente de Korda en acertado contraluz.



Las chicas muestran, en el mirador del restaurant, otras juveniles prendas deportivas.



Primicias para el invierno: pullovers de punto.

La cabaña y el estampado cubano que luce la modelo compiten en originalidad.





Por el caracol de la escalera asciende ella con el "juego de dormir", confeccionado en vaporoso multifilamento chino. Para el amanecer, la "mañanita" delicada y sugerente. A la derecha, un conjunto muy apropiado para la temporada de playa: shorts y falda con blusa.







El fotógrafo y parte de su equipo

Vestidos y trusas: Empresa Consolidada de Confecciones y Tejidos Planos y de Punto, del Ministerio de Industrias; Empresa Consolidada de Almacenes de Tejidos y Conexos. Taller independiente Corinto y Oro.

Zapatos:
Consolidado del Calzado.

Calzado de fantasía:
Talleres de Arte y Artesanía del Instituto Nacional de Industria Turística (INIT)

Accesorios
(carteras, sombreros, collares de semillas y caracoles, etc).
Talleres de Arte y Artesanía INIT

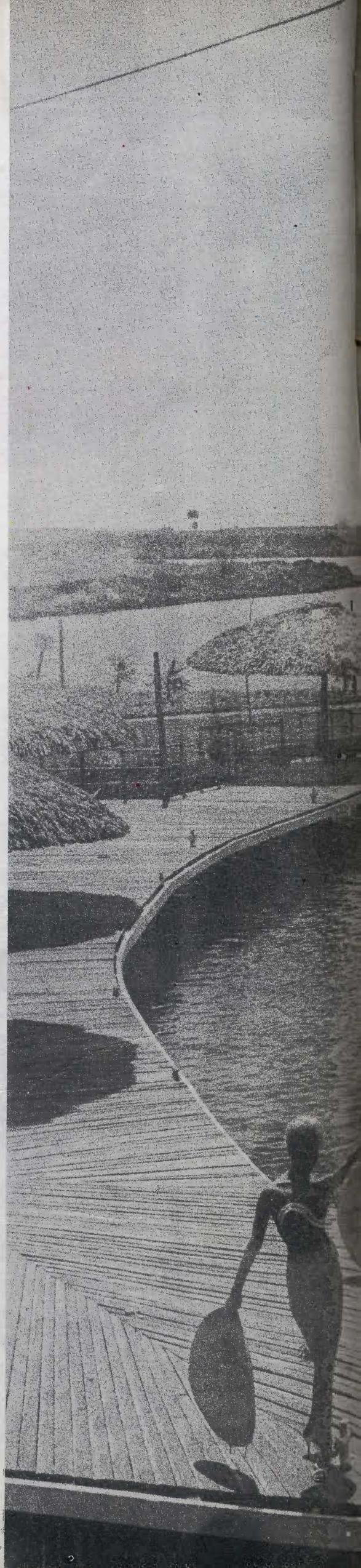
Objetos
decorativos y collares:
Taller de Cerámica
y Alfarería del Parque Nacional.
Península de Zapata.

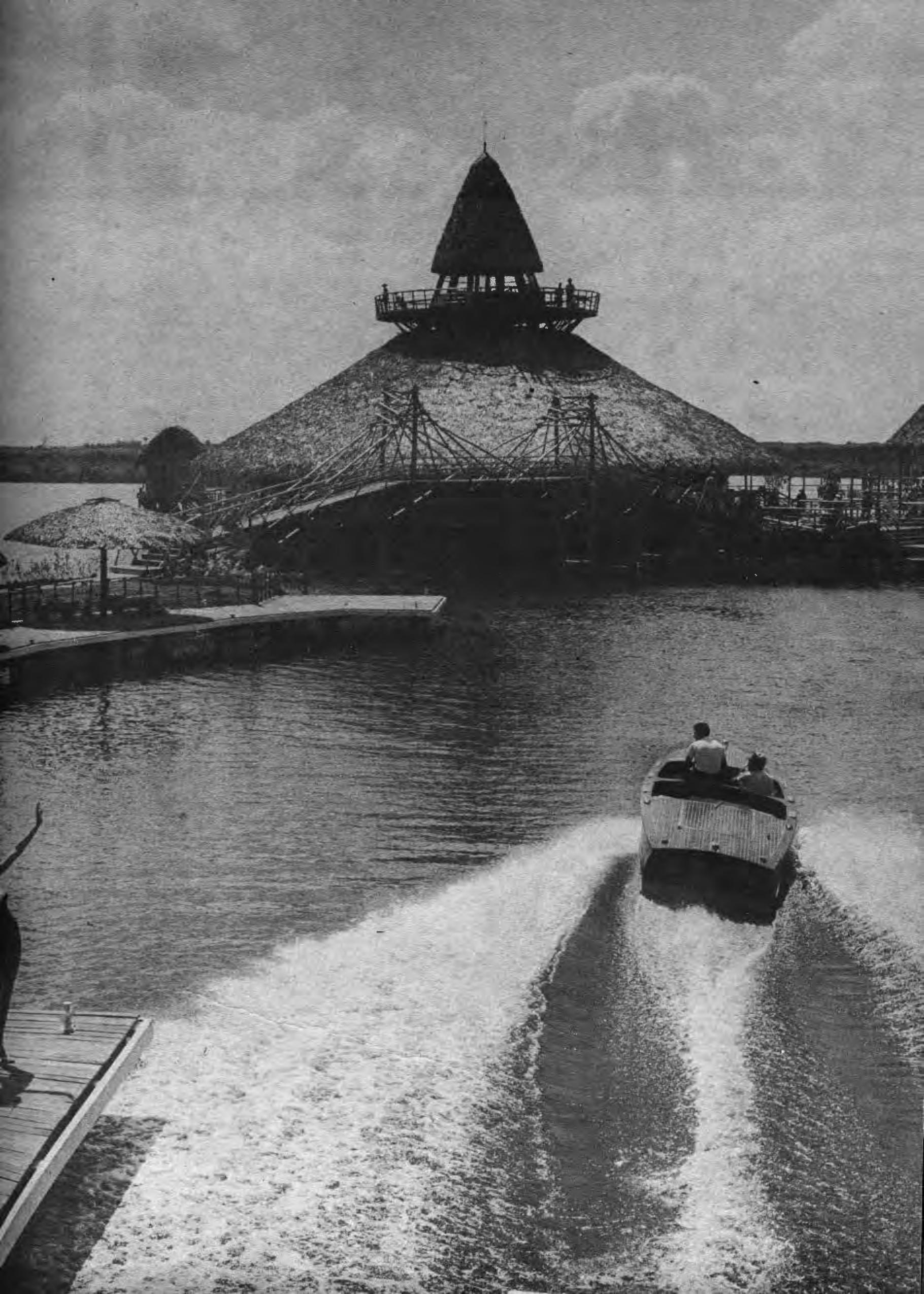
Modelos:
Norma Martínez y Elena Cobián
Textos
de FLORENCIA NOVA.

Fotos
por KORDA



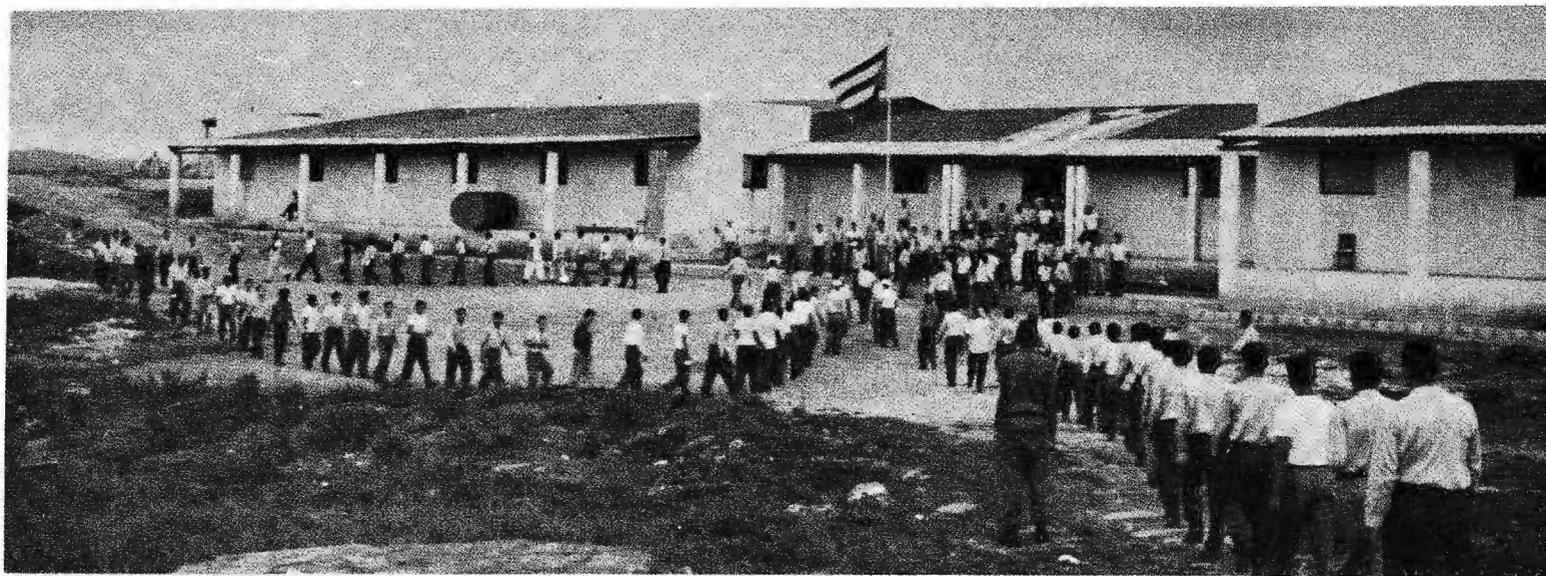
Fue pantano por aquí, manigual por allá, pedregal más adelante. Todo envuelto en nubes de mosquitos. Era suciedad y miseria. Ahora es un paraíso. Guamá, Laguna del Tesoro, no se te dice adiós, sino ¡hasta pronto! El sol se va, pero vuelve. Los excursionistas también.







Día a día los alumnos acuden al cafetal de la Granja 6-94. El técnico les enseña a descubrir las plagas.



Técnica del Café y Cacao

CAMPESINOS ESTUDIANTES

POR ERACLIO ZEPEDA

FOTOS: PASCUAL

EN Maisí, "alfa y omega de nuestro Oriente", como dijera el Almirante Don Cristóbal, la isla de Cuba se agota en el mar, bramando con las olas; es allí el Paso de los Vientos, canal de viaje marinerero, que separa a Haití de nuestras costas. El viejo farero de Maisí, a las seis de la tarde prende su farola y la noche se acomoda en estos rumbos.

De Maisí, junto a la playa, surge la tierra que se empina con premura; se eleva en escalones sucesivos seis veces, hasta llegar a la terraza de Alcalá a 460 metros sobre las olas. Desde allá, el índice de la farola de Maisí se pierde en el mar guiando a los barcos. En la terraza de Alcalá, en días muy claros, la silueta de Haití se levanta sobre el agua como un lejano animal de leyendas.

En esta terraza de Alcalá el clima es bueno y sopla un aire fresco de continuo; la lluvia nunca falta y hace que las hojas brillen siempre con el as y envés laqueados; es tierra ideal para el café y las matas se suceden largamente. En estos territorios, los vientos aliseos del Golfo de México, artesanos de llovizna, producen la temperatura ideal de 35° máxima y 12° mínima, que el café necesita para crearse. Se trata de Gran Tierra, barrio de Baracoa, vecino de Maisí, donde los cafetales tienen como dueño al pueblo en la Granja 6-94.

Junto a los límites de ésta Granja, al borde mismo de la terraza de Alcalá, con un amplio horizonte en litorales pródigo, una escuela se levanta. Un centro de en-

señanza como en Cuba surgen tantos. Sin embargo, este de Gran Tierra, es singular en su propósito: es la Escuela Técnica de Café y Cacao en la cual jóvenes campesinos, venidos de las tres provincias productoras de estos frutos, aprenden nuevas técnicas y reafirman procedimientos.

De Pinar del Río, Las Villas y Oriente proceden los alumnos de la escuela; serranos todos, habituados a la loma y el ascenso. Sabido es que en estas tres regiones la tierra se levanta en montañas propicias al esfuerzo cafetero. Muy pronto, cuando regresen estos estudiantes, la sensual mazorca del cacao va a poderse ver por esos rumbos; los jóvenes que aquí aprenden llevarán a sus comunidades los conocimientos que en sus manos la Revolución les deposita.

La escuela funciona con un total de 232 alumnos repartidos en 204 orientales, 19 villareños y 9 de Pinar del Río. Todos ellos campesinos hijos de campesinos y nietos de campesinos, que por primera vez poseen la tierra que cultivan.

Para garantizar la calidad de los alumnos en cuanto a vocación, responsabilidad y práctica se refiere, los aspirantes son seleccionados directamente por las asociaciones campesinas, entre sus miembros jóvenes.

Los Trabajos y los Días

Las prácticas de campo para el estudio del café se realizan en los terrenos de la Granja 6-94 de Gran Tierra, donde es fa-

ma que se encuentran los mejores cafetales de la Isla; la producción de esta sola zona constituye el 10% del total cafetalero de Cuba. En las 64 caballerías de Gran Tierra se mueven ávidas las manos y los ojos de estos futuros técnicos, siguiendo las orientaciones de sus maestros.

Las prácticas de campo para el cacao se llevarán a cabo en terrenos cercanos a Baracoa, cabecera municipal de Gran Tierra, donde el clima es ideal para esta planta.

Además de las prácticas oficiales, los alumnos constituyen Brigadas de Trabajo Voluntario para realizar labores de cooperación en la Granja. Estas mismas brigadas se ocupan de la limpieza y cuidado de la Escuela y, desde luego, de su seguridad.

Para templar costumbres y usos habituales el horario escolar es apretado; el tiempo es herramienta que se ocupa con esmero. Cuando el día se inicia iluminando el contorno de Haití, la campana despierda a los muchachos y los lleva a la ceremonia en honor a la bandera que se iza, como el sol, todos los días. Después del desayuno, divididos en dos grupos, los alumnos se dirigen al trabajo: unos para el aula y otros a las prácticas de campo, actividades en las que permanecen toda la mañana. A las doce del día regresan al almuerzo para partir a los trabajos nuevamente; los que en la mañana estuvieron en el aula van al campo y viceversa. Al caer la tarde, con Haití que retorna a los ojos suavemente, los alumnos se reúnen en la escuela; es la hora del baño, y la risa y el recuerdo. Las grandes piedras que se afirman al borde del abismo son ocupadas por grupos que conversan. A las seis en punto de la tarde la

bandera es arriada con el himno brotando de los labios; luego la comida y el remate de la jornada preparando las tareas de mañana. A las diez de la noche sólo las postas permanecen.

Así, día tras día, desde Enero hasta Julio en que terminen, el horario se repite haciendo carne sus propósitos. Los muchachos lo saben y lo cumplen jubilosos y conscientes.

Fausto, la piedra y el muro

Vecina a Topes de Collantes, en la provincia de las Villas, hay una pequeña propiedad que por **Itabo** es conocida. En su extensión de una caballería y media, el café se levanta en granos rojos. Su propietario es Fausto Arias, de 19 años, soltero y por más señas miliciano. En los últimos días de Diciembre la ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños) le comunicó que había sido designado para disfrutar de una beca en la Escuela Técnica de Café y Cacao. En Enero llegó a Alcalá y ahora ha vencido ya la mitad del curso.

—Oye, me dijeron los compañeros cuando vine para acá, no pierdas el tiempo porque necesitas estudiar para que nos enseñes a los que aquí quedamos. ¡Cará! Si voy a perder el tiempo... yo nunca pensé llegar a conocer la técnica. Si antes hablar de escuela era como hablar del cielo ¡Nadie sabía como era aquello!

En la cara de Fausto Arias se prende una luz cuando conversa. Atrás quedó el tiempo que nos cuenta; hoy es alumno y mañana va a ser técnico. Sus compañeros van a estar asesorados.

—Vea usted: al llegar meto la mano en esa tierra con todo lo que me han enseñado. La cosa es que allá el café queda

en la loma, entonces qué sucede... la lluvia erosiona la capa vegetal y se pierde materia orgánica. Así es que le haremos barreras para que eso no se pierda. Ya verá: el café va a estar bello por aquellos lados y tendremos más producto.

El uso de este lenguaje en el que brillan las palabras técnicas es un rasgo típico en estos muchachos campesinos de la Escuela Técnica de Café y Cacao.

—También tenemos el problema de las plagas: veíamos que las matas se morían pero no sabíamos por qué ¡yo ni siquiera conocía la manera de buscar la plaga! Había matas que echaban tres o cuatro varillas arriba pero no parían; le faltaba poda, compay. Ahora ya lo se y se los voy a enseñar a los compañeritos de allá.

Fausto es alumno destacado en las materias y cuenta con una gran experiencia práctica. Desde niño supo de la rama cargada con los granos y los granos cargados para el amo. Hoy, pequeño propietario, miembro de la ANAP, miliciano por más señas, Fausto vive feliz y es habitante de su tiempo.

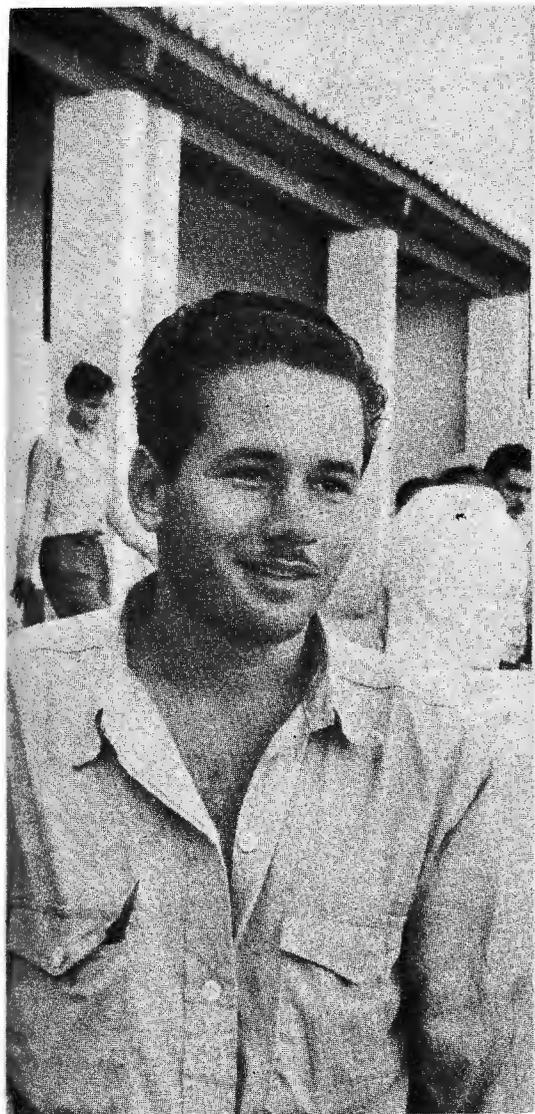
—Yo se lo digo a diario a los compañeritos: no basta con tener la tierra, hay que unirle todavía más. Usted ve como a una piedra se la lleva el agua pero a un muro lo respeta y se represa. Así es la cosa; si somos muchos trabajando juntos represamos al café para siempre. Yo se los digo: hay que convertirse en granjeros. En la Granja del Pueblo se trabaja mejor y se vive más bien.

Cuando Fausto Arias vuelva a Topes de Collantes su mano va a ser poderosa en el cultivo. Un nuevo técnico agrícola tendrá Cuba.



"Podar no es cortar solamente. Hay que saberlo hacer con arte." Nos dice y lo demuestra Angel Colombi.

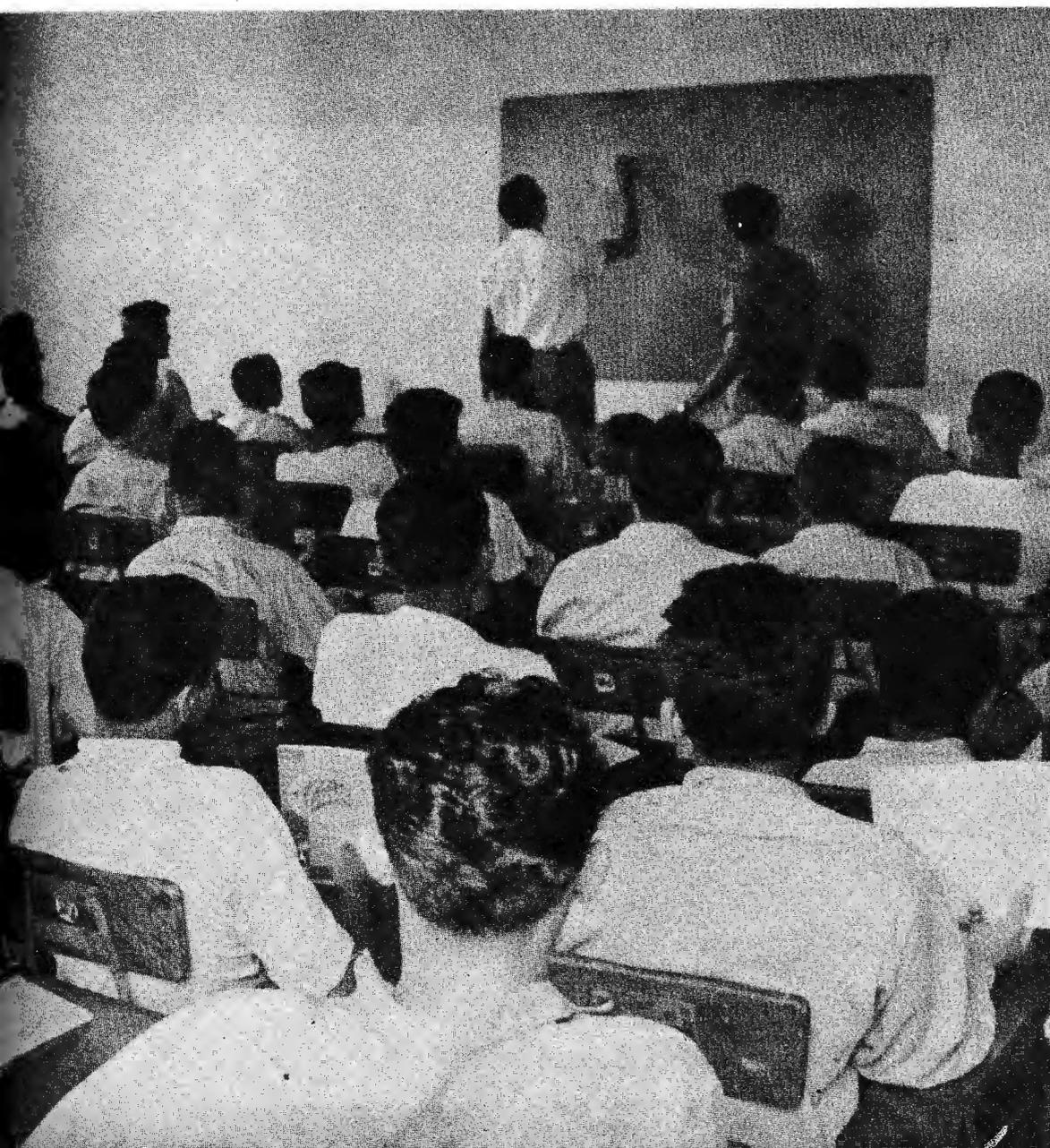




Fausto Arias, de Topes de Collantes, un joven cubano que va a combatir la erosión.



"La técnica no cree en nadie", dice Abner Pérez Machado, alumno distinguido de la Escuela.



PROGRAMA DE ESTUDIOS

El programa de estudios al que la escuela se somete, tiene una duración de 6 meses, dedicando tres al manejo del café y los otros tres al cacao. Para cada cultivo dividen el aprendizaje en seis asignaturas impartidas por seis profesores técnicos y seis campesinos auxiliares con amplia práctica en estos menesteres. Las asignaturas estudiadas son: a) Botánica y Taxonomía, b) Plagas, Enfermedades y Control de ellas, c) Suelos, Conservación de Suelos y Fertilizantes, d) Propagación, Clima y Sombreo, e) Cuidados en el Cultivo, y f) Recolección y Beneficio. Cada asignatura es a la vez teórica (impartida en el aula por el técnico) y práctica (dada en el terreno con ayuda del campesino auxiliar). Además su permanencia en la Escuela se enriquece con un curso de Administración de Fincas y otro de Instrucción Básica Revolucionaria, a cargo de 3 instructores.

En las aulas se forja esta juventud campesina y estudiante.

**Son 4 compañeros
con sus 15 años y sus
oficios de técnicos
tempranos.**



**La hora de la risa y
el recuerdo, sentados
en la piedra al
borde del abismo de
Maisí.**



Juventud con seguridad

Segundo Gato Vázquez, de Bahía Honda allá en Pinar del Río, es granjero de la 115 "Luis Carrasco". B-2. Hombre de mirada firme y senda larga, llegó a la Escuela enviado por sus compañeros de la Granja. Aquí se prepara para luego ser más útil.

—Ayer recibí carta de la Granja, del responsable; "te estamos esperando con ansia", me dice. ¡Y las ansias son más grandes en mí que ya no aguanto el tiempo que falta para regresar a trabajar para mi granja! Cuando empece a trabajar no sabía de nada, ni siquiera sabía por qué vivía una planta. En cambio ahora sí lo sé; ahora regreso sabiendo. ¡Si será la Revolución de los pobres! Ve: yo ganaba sólo para mal comer trabajando para Mazario Guejeve, que quien sabe por donde se habrá ido. Llegó la Revolución y me enseñó a leer. Antes era un trabajador que no veía con sus ojos y ahora estoy en una escuela para ayudar. En la granja tenemos algunos problemas con las plagas y la erosión, pero con lo que me han enseñado acabaremos con todo dentro de poco.

La seguridad con que me habla Segundo Gato Vázquez es plural en esta escuela. Son hombres jóvenes, y a veces niños, seguros de sus brazos y saberes.

—Vamos a aumentar la producción con la técnica. Vamos a variar todo: desde la selección de la semilla hasta la llevada al mercado. Mi Granja, la "Luis Carrasco", tiene 1500 caballerías y casi tenemos 100 casas construidas; esas casas nos la ha dado el trabajo de los hermanos obreros; nosotros en cambio les daremos café por la libre. Ya verá usted si es verdad o mentira.

La técnica incrédula

Entre los mejores alumnos de la Escuela está Abner Pérez Machado, de 21 años, que viene de la finca Caridad que es de su tío, pequeño propietario del barrio de Jobo, Baracoa. Abner Pérez Machado obtuvo 100 puntos en los últimos exámenes.

—Yo pude estudiar hasta el sexto grado; Sino iba a ser suerte poder estudiar eso cuando aquí nadie estudiaba porque no podía! A los trece años me sacaron de la escuela para empezar a trabajar. Ahora la ANAP me manda a estudiar de nuevo, y lo único que quiero es darle a conocer a los campesinos lo que aquí he recibido; con la técnica no hay problema; la técnica no cree en nadie. Antes no usábamos más que la esperanza y no ayudábamos a la tierra, por eso la producción se atrasaba más y más, y nosotros ni de fertilizantes conocíamos. Si la mata se ponía mala decíamos que la tierra estaba cansada; ¡Y no señor! No está cansada; con fertilizantes no se cansa nunca.

Cuatro compañeros

Todas las tardes, sentados en la piedra que más al mar domina, cuatro compañeros se reúnen e intercambian sus lecciones. Bienvenido Prieto, "de Topes de Collantes, compañero", tiene 15 años. La misma edad sostienen "Angel Colombié, un amigo más", de Sagua de Tánamo y "mi gracia es Eusebio Cribe y mi pueblo es Alto Songo". El otro es Rogelio Claro, de Felicidad Yateras, "que soy el más antiguo, tengo 16".

—El problema allá en Las Villas es con la erosión; usted no lo sabe pero yo sí porque ya me lo enseñaron: la tierra tiene una capa vegetal que es la comida de la planta y que es el horizonte A; eso hay que cuidarlo como si fuera la niña de los ojos. Sin horizonte A no hay café, compañero. Por eso yo llego y hago barreras para matar las erosiones, me dice Bienvenido.

Rogelio Claro se empuja en su estatura y haciendo la voz dura para que me suene a gente grande, me señala:

—Vea usted estos cafetales: son muy nuevos; tienen veinticinco años de sembrados; se ven muy responsables. Allá en Yateras tenemos algunos de hace setenta y cinco que ya empiezan a morir. Ahora, la cosa era cómo renovarlos sin que bajara la producción; pues aquí me lo enseñaron! Vamos a ir dejando uno viejo y sembrando uno nuevo, dejando uno viejo y sembrando uno nuevo, y así, entreverando, ni cuenta se da el cafetal. ¡Verdad o mentira! Pues eso es lo que vamos a hacer, y en cinco años cuando ya las nuevas estén produciendo, pues sacamos las viejas y metemos más nuevas de brío, y entonces Yateras tiene pura juventud en el plantío.

—En Alto Songo, —señala Eusebio Cribe voy a enseñar la poda y todo lo demás. Vea: podar no es cortar y ya. Hay que saberlo hacer, con arte, y luego curar la herida de la mata con una fórmula que ya sabemos y no se la doy porque tal vez no la entienda; con eso se cura y cicatriza la planta y todo queda que ni parece, y entonces el café toma más sabía.

—Al principio alguien nos dijo que estábamos muy nuevitos para ir de técnicos y que ni caso nos iban a hacer los compañeros más grandes —me explica muy serio Colombié—. ¡Pues no señor! Yo le digo a cualquiera que eso es una tontería, porque si la Revolución me ha enseñado es por algo y yo tengo que repartir esos conocimientos. Además yo no voy a hacer juegos de muchachos, voy a ser un técnico en café y cacao, compañero. Y si al principio los grandes se me ríen con mi trabajo, voy a demostrarles que se ríen menos y me atiendan más.

Así fue como dijo Angel Colombié, y todos los que oímos sus palabras sentimos gran respeto por sus 15 años y su oficio de técnico temprano.



ENCANTO Y ENSEÑANZA

Por NINEL MOISSENKO

Fotos MAKSIMOV y OZCRSKI



CUANDO se alza el telón de un teatro infantil, el viejo arte de la escena se enfrenta a una tarea de incalculable responsabilidad. Su lenguaje debe hacerse accesible a los niños; debe introducirles suavemente, insensiblemente, en el complicado mundo de la vida humana. Educar y a la vez estimular en los pequeños espectadores los gustos estéticos, el amor por el arte.

Aquí, en la sala del Teatro Infantil de Moscú, los pequeñuelos tiemblan de emoción y de felicidad. En el escenario, toman vida los cuentos. Algunos niños abren la boca, abstraídos, entregados de lleno a la ficción. Otros ya no son ellos: se sienten identificados con el héroe de la obra. En la mágica realidad del Teatro, los adolescentes buscan respuesta a esa caravana de preguntas, difíciles y variadas, que suscita la vida cuando acaba de iniciarse.

El Teatro profesional para niños, nació en la Unión Soviética en Leningrado, en 1918. Después, rebrotó en Moscú, en Jarkov y otras ciudades. Su camino fue largo y difícil, hasta convertirse en un componente esencial del arte escénico soviético. Hoy agrupa a una nutrida pléyade de actores, directores, dramaturgos y escenógrafos. Son equipos que poseen una rigurosa experiencia artística y pedagógica. Que saben crear y realizar Teatro para Niños.

De la Psicología al Vodevil

El Teatro Infantil Central de Moscú ocupa un señalado puesto —un puesto “central” precisamente— entre los conjuntos escénicos para niños del país soviético. Su repertorio es extenso y variado: desde los cuentos para niños muy chicos

—en edad preescolar—, hasta piezas mucho más complejas para la juventud.

Este Teatro tiene sus dramaturgos. La colaboración de escritores como Serguéi Mijalkov y Víctor Rózov, no consiste sólo en la simple representación de sus obras. Ellos están compenetrados con el Teatro Infantil. Conocen el público y participan de sus emociones y sus anhelos.

A veces, las obras que nacen en el Teatro Infantil pasan a los teatros para adultos e incluso al cine. Por ejemplo: de la obra de Víctor Rózov “Eternamente Vivos”, creada para el público juvenil, nació el film “Vuelan las Cigüeñas”.

Rózov escribe comedias de enjundioso contenido. El Teatro Infantil las representa en forma rigurosa, penetrante. Pero sabe conservar, al mismo tiempo, su tono ligero y vital, su fresco encanto cómico. Así son sus piezas: “Página de la Vida”,

Los pequeños moscovitas son espectadores, críticos y admiradores al mismo tiempo. Aquí charlan con el notable actor Sazhin, protagonista de la pieza "Buenos Días".



Escena de "Tom Sawyer", adaptación de la novela de Mark Twain. El Indio Joe lo encarna el actor Andréev y el Dr. Robin lo interpreta Shetanin.

"En Buena Hora" y "En Busca de Alegrías".

Junto a las obras delicadas y psicológicas de Víctor Rózov, el Teatro Infantil Central, representó "Sombrero". Se trata de un alegre vodevil donde —además de divertir al público— se ensalza el inapreciable valor de la verdadera amistad. "Sombrero" cuenta ya con más de 200 representaciones, a sala repleta, y sigue entusiasmando a los espectadores de 10 a 15 años.

Arte y Pedagogía

Un hábil director escénico —A. Efros— montó con éxito la obra "Los Chiquillos de Ayer". En ella se responde a una pregunta que preocupa por igual a alumnos y papás: —¿Qué camino elegir, a qué profesión aspirar, cuando concluya la escuela?



Es frecuente ver en las butacas a los adultos tan embebidos y encantados como los pequeños. La magia del Teatro los conquista a todos.



Lógicamente la obra se llama "Rábano".
El Teatro Infantil de Moscú sabe
conservar su fresco encanto cómico en
piezas como este animado cuento.

la? En cambio, la pieza "Mi Amigo Jolka", se ocupa de la educación de los niños dentro de la escuela. De la conducta y la convivencia humana de los pequeños dentro de las aulas donde inician su trayecto en la vida.

El repertorio es abundante y variado. A menudo, lleva ante los niños el acento creador de otros países: "Cero en Conducta", de los dramaturgos rumanos Sonesku y Sava; el prodigioso cuento chino "La Florecita Mágica" y la milenaria leyenda india "El Ramayana."

Hay un rasgo que diferencia esencialmente el Teatro Infantil de la URSS, de los demás teatros para adultos: su marcada labor pedagógica. Briántsev, el veterano director, fundador del primer teatro infantil en Leningrado, escribió:

—"En los teatros para niños deben estar unidos los pedagogos que sepan sentir como artistas y los artistas que sepan pensar como pedagogos."

El Teatro por Dentro

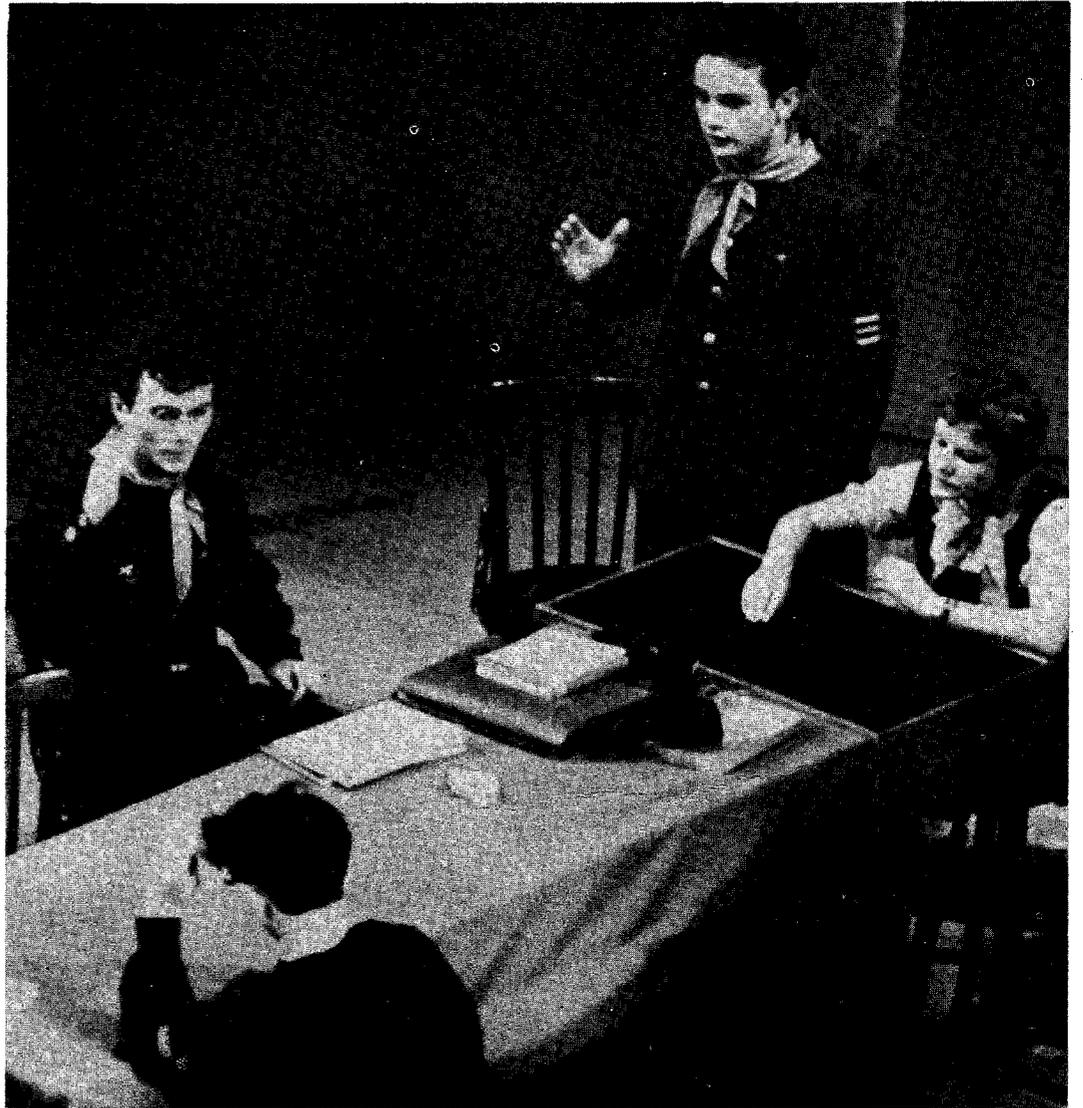
El Teatro Infantil Central posee su propio Conjunto Pedagógico. Sus miembros cuidan del orden durante los espectáculos y discuten las nuevas obras en las escuelas. Los pequeños son críticos y espectadores al mismo tiempo. Se organizan discusiones polémicas y foros. Uno de ellos, sobre este tema que los alumnos discutieron con fogosa seriedad: "El formalismo y el realismo en el arte."

Existe también, como un anexo al Teatro Infantil, el Club de Arte. En él se dan charlas para los jóvenes aficionados, con temas como éstos: "Cómo escuchar música", "cómo contemplar la Pintura", "El papel del artista en la vida de la comunidad".

El Teatro Infantil organiza frecuentemente lo que ellos llaman "Días a puertas abiertas". En ellos el Teatro se quita la máscara. Los niños y los muchachos pueden descubrir los "secretos" de la representación, la cara oculta del arte de la escena. Se les permite estudiar la metamorfosis del maquillaje y la caracterización; la verdad y la mentira de los decorados; el complejo oficio de los tramoyistas y la técnica de los "trucos" teatrales.

Otras jornadas se llaman "Días del director de escuela". En ellas se reúnen los directores escolares de Moscú. Discuten, critican y dan a la Compañía teatral consejos sobre el mejor repertorio a elegir y a la línea educativa que debe latir bajo las creaciones escénicas.

Los niños aman su Teatro. Lo quieren mucho; les gusta y lo alientan. Y no sólo los niños. Es frecuente ver en las butacas, a graves adultos tan embebidos y encantados como los pequeños. Hombres y mujeres cargados de años que retornan, a través del prodigio teatral, a los verdes y maravillosos tiempos de la infancia.



Escena de "Mi Amigo Jolka", de A. Jmelik, que une la diversión a su carácter educativo. Todo ocurre en una escuela, entre pioneros.

Después de la función
"Los Tres Mosqueteros",
que son cuatro,
conversan con la
gente menuda.



MARTÍ

el estudiante

POR MANUEL NAVARRO LUNA



A los siete años, ya estaba José Martí cargado de sueños. De los altos sueños que no lo abandonarían jamás. Aprendió las primeras letras en la escuela pública del barrio habanero de Santa Clara, donde era el alumno escogido por el maestro, "con un aire casual, cuando se presentaba inopinadamente algún miembro Inspector de la Sociedad Económica."

De modo que aquel niño pobrísimo, que sería después, al tramontar los años, el Apóstol de la independencia de Cuba a la vez que una de las más excelsas figuras intelectuales de la Humanidad, desde aquella humilde escuela de barrio comenzó a demostrar su capacidad extraordinaria y las brillantísimas potencias de su espíritu y de su talento. Pero ¿de qué manera las demostraba? Pues, sencillamente, con la preocupación angustiosa y ardida del estudio y con el estímulo, vivo y lancinante, de sus sueños.

De allí pasa al colegio San Anacleto que dirige Rafael Sixto Casado, a quien sorprende, desde el primer momento, "la mirada alta y el desenvuelto ademán de aquel niño pobremente vestido", a quien verá a los pocos días, al mes escaso, ser el primer alumno del colegio.

Había estallado la guerra de Secesión en los Estados Unidos, y su conocimiento de ese país, su afilada intuición política, su sentimiento y su pasión por la libertad del hombre, alimentados por la amorosa lectura de "La Cabaña del Tío Tom", situaron al niño al lado de las fuerzas, puras y generosas, representadas y defendidas por el maravilloso leñador que fue siempre Abraham Lincoln. ¿Siempre? ¡Sí, siempre! Porque cuando ejercía de abogado también hacía leña. Y no dejó de hacerla ni siquiera en la primera magistratura de su nación. Sólo que entonces era un leñador de otra naturaleza. Porque no hacía leña sino para quemar y destruir las grandes injusticias de su tiempo. Como lo haría ahora, para los mismos fines, si él viviese. Pero el leñador no despierta, a pesar de la tremenda invocación que le hace Neruda en su gran poema.

Obsérvese cómo desde el colegio San Anacleto, Martí comienza a poner su corazón al servicio de la libertad. Y cuando ingresa en la Escuela Superior Municipal de Varones, al contacto con el que había de ser su mentor: con Rafael María Mendive, su vocación queda orientada, definitivamente, hacia el largo sacrificio, es decir, hacia la gloria altísima que él recogería en el anfiteatro sangriento de Dos Ríos. "En la cruz murió el hombre un día, y en la cruz debe aprender, todos los días, a morir el hombre."

Tiene doce años. Y también es el primer alumno en la famosa escuela que dirige Mendive. Pero no sólo el alumno que se consagra, con pasión exclusiva, a sus asignaturas, sino el lector ansioso para quien son pocos todos los libros que tiene a su alcance. Así, aquel niño pálido, tan pobre y mal vestido, no necesitó mucho tiempo para leer toda la biblioteca de Mendive. A su edad, ya traducía a Byron, a Shakespeare, a Hugo y a otros autores de habla inglesa y francesa.

Fue por aquellos días que Don Mariano, el padre de Martí, para remediar un poco la miseria de la familia —él había quedado cesante en el mísero empleo que venía desempeñando—, le busca al hijo trabajo en una bodega. Allí, el muchacho trabaja de dependiente hasta por la tarde. Y cuando sale, todos los días, va a la escuela, para no perder, totalmente, sus clases con Mendive. La miseria de su casa lo ha convertido, a los doce años, en bodeguero. Pero tal menester no le impedirá, en 1866, ingresar en el Instituto, al amparo, tierno y paternal, de Mendive, quien lo acogerá después en su colegio particu-

lar nombrado San Pablo, "seminario cívico y cálido hogar espiritual" donde Martí se sentía como hijo muy amado.

Tiene quince años cuando suena la campana de La Demajagua, y Martí constituye, con sus compañeros de estudio, un club de revolucionarios imberbes, dispuestos a irse, también, a la manigua. Carlos Manuel de Céspedes se alzó en la conciencia de aquel niño para no borrarse jamás. Andando los años, en el estupendo fragor de la lucha por la libertad de su patria, sobre el 10 de octubre de 1868 pronunciará Martí, en cada conmemoración de esa gloriosa fecha, un discurso memorable. Como los del "Masonic Temple" de 1886 y 1867 y los del Hartman Hall de 1889, 1890 y 1891.

Si observamos el cauce de actividades intelectuales y cívicas que cubre la sensibilidad de este niño, desde los cinco a los quince años, comprenderemos mejor su línea posterior de vida. Es la plantilla vital del heroísmo que nos explica, de pasada, que un verdadero revolucionario tiene, por fuerza, que ser hombre de profunda preocupación intelectual y de consagración, no menos profunda, a la tarea práctica de la lucha revolucionaria. Y que al estudiante verdadero le dice que, para ser un verdadero estudiante y no un simple estudioso, no un simple filomático, tiene que luchar y estudiar, tiene que estudiar y aprender no para servirse a sí propio, sino para servir mejor a esa entidad, luminosa y eterna, a quien José Martí le está sirviendo todavía: ¡la Patria!

Porque la gran tarea de los apóstoles, como él, no termina en la vida sino que se prolonga más allá de la muerte. Además, quien se sirve solamente a sí propio; quien vive, lucha, trabaja y se afana sólo por sí propio, ni siquiera a sí propio se sirve. En tanto que aquel que le sirve a la Patria y a la Humanidad se está sirviendo, de la mejor manera, a sí mismo. "Lo que conviene a la colmena conviene a la abeja", decía Marco Aurelio. Y una colmena grande es la Patria. Y una, mayor aún, la Humanidad.

Cuando Martí, todavía un niño, fue a la cárcel, condenado a seis años de prisión, con trabajos forzosos, en las canteras de San Lázaro, escribió estos versos inolvidables:

"Voy a una casa inmensa en que me
han dicho
que es la vida expirar.
La Patria allí me lleva.
Por la Patria, morir es gozar más."

Ya Perucho Figueredo, en una de las estrofas de su himno —¡el himno de la Patria cubana!— había dicho algo parecido:

"No temáis a una muerte gloriosa
que morir por la Patria es vivir."

De manera, pues, que si "morir por la Patria es vivir"; "si morir por la Patria es gozar más," el verdadero joven, el verdadero; el verdadero estudiante, el verdadero, tiene que preguntarse, en cada amanecer, cuál es su camino. Pero esa pregunta ha de hacérsela con "el brazo tenso y el vaso limpio". Porque si la juventud verdadera no es eso: "brazo tenso y vaso limpio", podrá ser cualquier cosa, menos juventud. Y, muchísimo menos, juventud martiana.

Y si quiere que alguien le conteste esa pregunta, porque él no puede o no sabe contestarle, que le pregunte a José Martí —a Martí el niño, a Martí el joven, a Martí el estudiante— cuál es ese camino. Que, en seguida, tendrá la respuesta: ¡la Patria!

¡La Patria! A la que él, José Martí, le consagró las más altas energías de su espíritu, las más altas actividades de sus sueños y las mejores rosas de su sangre.



YA SE FIRMAR Y TENGO ESPEJUELOS"



"AHORA PODRIA PENSAR EN CASARME..."

LOS CABRERA

POR: DARIO CARMONA

FOTOS: LUZ MARIA Y CARLOS NUNEZ

"A mí me luce que nació a destiempo. Yo debí haber nacido ahora. Créame que ya no tengo dudas: me gusta este sistema, estoy con el socialismo de patria o muerte. Antes de volver a lo de antes, morir primero". Le faltan algunos dientes al campesino Conrado Cabrera; es flaco, de frente alta y estrecha, surcado el rostro entero de finas arrugas. Tiene 52 años y podría tener 60. Habla con frases breves a la caída de la tarde, como resumiendo su larga conversación anterior en que contó su historia entera:

—Hasta tengo ahorros. Y soy meliciano. Ya sé manejar el fusil checo. Ochenta pesos cuarenta y tres centavos gané en la primera quincena del mes pasado. Fidel me dió una casa para que viviera junto con mi padre.

Esto otro va con una sonrisa tímida, como un colegial cogido en falta:

—Estoy viendo una oportunidad para casarme. Ahora sí lo haría. Ando detrás de una mujer que me acompañe y atienda mi casa tan bonita.

Descubriendo la vida

Emociona escuchar a este hombre que comienza a vivir con medio siglo cumplido. Una existencia oscura, con miseria crónica, sin esperanzas ni para después ni para nunca, y un día descubrir —a los 52 años que parecen 60— que la vida vale la pena, que es rica, que está llena de cosas, que caben en ella la decencia y la alegría.

Le gusta a Conrado Cabrera enumerar algo de lo que la Revolución le dió: "Aprendí a leer, sé firmar con mi nombre, me hicieron mi primer par de espejuelos, tengo casa propia, tengo revólver". Ha hecho descubrimientos que cierran el inventario:

—Resulta que uno puede vivir y traba-

jar con honra. Y hasta resulta que uno puede enamorarse en serio y pensar en la boda.

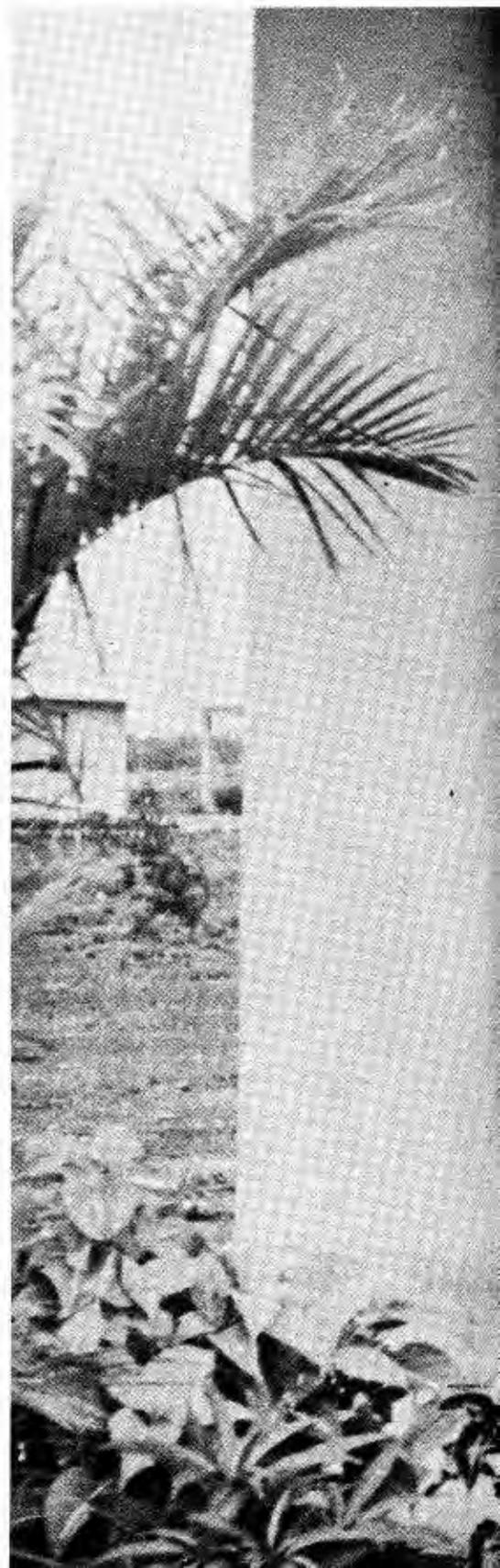
El cronista pudo hablar tranquilamente con el guajiro Cabrera que comienza a tomarle sabor a la vida. Tiene el pie derecho enyesado y aún no pudo reincorporarse a las faenas de la Cooperativa "Juan Abrahantes". Fue un accidente: la carreta se movió mientras él preparaba una carga de cañas y le quebró los huesos. Se resiste a culpar a sus instrumentos de trabajo: —Fue culpa mía. No tuve cuidado. Una imprudencia pero ya estoy mucho mejor.

Hablamos largamente en el comedor de la casa de José Ramón, el hermano menor de Conrado. Un comedor nuevo, limpio, primoroso. Conrado Cabrera recuerda su vida; recorre y recuenta sus años oscuros, la monotonía de la miseria. Cada vez es más explícito, más sincero. Es tan cubano que sus propias palabras le van inclinando a la amistad con el periodista, hermanando inseparablemente el hablar y la cordialidad. Observa con interés mi block de notas, donde quedan fijadas algunas de sus frases.

Pondera: —¡Poder escribir así, tan aprisa!

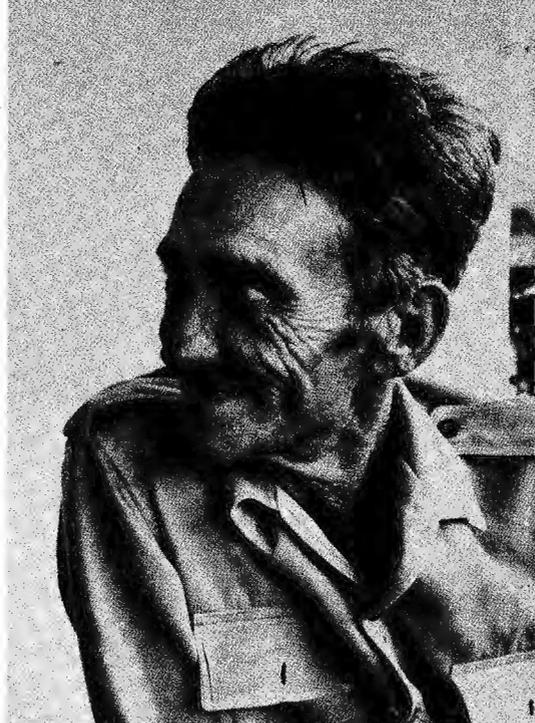
Trabajo y bromas

Afuera trabaja la gente de la Cooperativa. Cosechan pepinos, papas. Están orgullosos de haber diversificado el cultivo, abriendo brechas hortelanas en el mar de cañas: maíz, frijoles, boniatos, mani, girasol, tomates, ñame, malanga. Esta mañana en la vecina Cooperativa Jesús Menéndez trabajan más de mil campesinos. Hileras interminables de cosechadores; camiones; tractores ("Tenemos 31 y hemos pedido 10 más").





JOSE RAMON, EL MENOR DE LOS CABRERA



CONOCI A FIDEL SIN BARBA...

EN EL PORTAL DE LA NUEVA CASA, CONVERSAN Y RIEEN LOS CABRERA. CONRADO YA ESTA REPUESTO DEL ACCIDENTE.



En la "Juan Abrahantes" —donde viven los Cabrera —una cuadrilla de campesinas cosecha papas. Arman jaleo mientras trabajan: bromean, charlan sin interrumpir la faena. Llevan indumentarias pintorescas: pantalones con faldas encima, anchos sombreros de paja, blusas de colores a veces con jirones ("Así son más frescas"). Ellas mismas se comentan: "¡Estamos listas para el carnaval!"

Hablan de la Cooperativa, de Bainoa, de sus cosas. La impetuosa y delgada María Ortiz exclama:

—A mí no me gusta hablar con rodeos. Flaca soy, pero no tengo flaca la memoria. Yo era una esclava y ya no lo soy. Esa es la verdad.

Clara es voluminosa y opina: "—El año pasado la Cooperativa andaba mal; ahora está encarrilada." Salta otra: "Pronto en Cuba todo va a ir precioso." Y otra: "—Aquí había algunos que les gustaba majasear (esquivar el trabajo) mientras otros le metían duro. Ahora estamos experimentando el trabajo a destajo. Tanto cosechas, tanto cobras. Algunas se ganaron ayer cuatro pesos en menos de ocho horas." Siguen las bromas al margen de los datos ("tenemos 60 casas nuevas para 228 cooperativistas") y saltan como un torrente las risas blancas de las muchachas negras.

Un montón de polvo sucio...

Para conocer a Conrado Cabrera y su gente cruzamos la llana y tranquila belleza de los campos y pueblecitos que se enlazan hacia Matanzas: San José de las Lajas, Catalina, Madruga, Aguacate, Bainoa. No es un paisaje grandioso. Este campo cubano posee intimidad; es como un hogar con el sol como techo. Se puede conversar sin gritar demasiado de una parcela a otra. Y se oye.

El guajiro Conrado recuerda su infancia:

—Tenía 10 años cuando empecé a trabajar. Eramos ocho hermanos y mis padres. No había otra alternativa. No pude aprender ni a leer ni a escribir y además había privilegios en las escuelas. Nuestra casa era de yagua con piso de tierra; tan poca cosa que, cuando nos dieron estas casas nuevas, botamos las antiguas con las manos. No quedó apenas nada: un montón de polvo sucio.

Se acomoda junto a la mesa del comedor de José Ramón, nos ofrece café, más café y un vaso de leche fresca. Le echa sal a la leche ("Esto le da gracia") y uno reflexiona hasta qué punto es cierto o no lo de la gracia. En la historia de Conrado los nombres de los Presidentes de Cuba dividen su vida como una letanía de privaciones, luto y desesperanza. Para él, cualquier Presidente de aquellos significa hambre y matiza los apellidos de estos hombres a los que nunca vió, según el grado de miseria que significaron para él, para los suyos, para los otros campesinos. El general Menocal, Machado, Grau, Prío Socarrás, Batista.

Los negros años

Le escuchamos contar:

—Yo era un niño muy pequeño y a veces lograba ganarme hasta un peso al día, pero trabajando 10 y 12 horas. Con perdón de usted le diré que el general Menocal era un ladrón. Le agarró la Primera Guerra Mundial en el poder y ni los Bancos respetaba. A aquella época le decían "la moratoria" y unos quebraban, otros se suicidaban y los guajiros nos moríamos de hambre.

—Tendría yo unos 20 años cuando vino la tiranía de Machado. Subió el hambre y se emparejó con el frío. Friolentos, mal alimentados, casi en cueros, nos tapába-





JOSE RAMON CABRERA Y SU ESPOSA. EL SABIA LEER ANTES DE LA REVOLUCION Y SE CASO CON ELLA HACE 16 ANOS. AMBOS SE LLEVAN MUY BIEN.



CONRADO CABRERA SE ACCIDENTO MIENTRAS CARRETEABA CAÑA. EL NOS DICE: "FUE CULPA MIA, NO DE LA CARRETA NI DE LOS BUEYES".

AFUERA, LOS GUAJIROS DISEÑAN PAPAS. ESTE CAMARON CUBANO ES COMO UN FOCAL DON EL SOL, COMO TIBIO.

mos con sacos. Mi jornal diario era de 25 centavos; 30 a veces. Uno vivía sin poder pensar, buscando trabajo en diferentes fincas. Tuve muchos patrones y para todos parecía que el esfuerzo del campesino no valía nada y su persona menos. Uno de ellos se llamaba Prudencio Cantarranas, me quedó sonando el nombre.

Conrado Cabrera habla sin recelos de aquel tiempo en que él "era una **irnorsia**", en que la palabra guajiro se usaba como un insulto.

—Los patrones y los mayores nos hablaban a veces del comunismo. Nos decían que era muy malo, que era un sistema contra los pobres, que les quitaba todo por poco que tuvieran. Además nos explicaban que al país le ponían una "cortina de hierro" como si fuera una jaula. Yo les creía, porque uno era una "irnorsia", pero de todas maneras en el fondo me lucía que algo tendría que acabar con aquello, con el régimen de los patrones y la miseria. Claro que no sabía lo que podría ser ese **algo**.

—En las elecciones, los guajiros éramos como fantasmas. Los señores politiqueros nos quitaban el carnet electoral y votaban por quienes ellos querían.

—Allá por el año 33 subió Batista. La miseria se quedó tan fresca. Lo único que se notó de momento es que había más uniformes que antes. Los militares nos enseñaron a los campesinos a esperar con temor los aniversarios patrióticos y las fechas sonadas. Aprendimos a esconder una gallinita que uno tuviera, o un lechón, cuando ellos se disponían a festejar una fecha. O por las buenas o a machetazos había que entregarles todo.

No se las da de héroe Conrado Cabrera. Cuenta la verdad: "Trabajaba y trabajaba luchando por mi familia. No me metía en la política. Nunca me metieron preso; nunca me golpearon. Yo sabía que si hablaba en contra de Batista el patrono me botaba. Pero vi mucho: vi a 20 obreros presos porque les decían que ya no les necesitaban y ellos querían seguir trabajando. Amarrados los vi; presos por la guardia rural". Habla de su hermano menor José Ramón (45 años) con una admiración velada. Sin adjetivos, con hechos:

—Una vez lo detuvieron a José Ramón. Se lo llevaron un teniente con tres guardias. Decían que era revoltoso porque defendía a los obreros y porque él sí sabía leer. En aquellos años saber leer y ser guajiro no era recomendable.

La Madre Bernarda

"Murió de sufrimiento". Así resume Conrado Cabrera la muerte de su madre Bernarda Farramola. Hija de campesinos canarios, la madre Bernarda cuidaba la casa de yagua, administraba la miseria. Ocho hijos y el marido Trino que aún vive (un campesino menudo, de ojos vivos que no lograron apagar los 76 años, cuenta historias de Máximo Gómez y los españoles, bastante sordo como algunos buenos habladores).

Conrado recuerda:

—No sé, tendría menos de 50 años cuando falleció. Murió de pena madre Bernarda. Dé aquel sufrimiento, de aquella angustia de vernos a todos vivir con tanta miseria y fatigas. Y no poderlo remediar. Murió sin ver la Revolución.

—Es que aquello era un mal sueño. Salir del bohío al amanecer, antes de las cinco de la mañana, a buscar trabajo, a rogar trabajo. Andar leguas y leguas. A veces almorzar algo y otras no almorzar nada. Epocas de 25 centavos de jornal, otras de 80. Nos contaban que los señores Ministros se robaban el dinero, que había una cosa que se llamaba "**impunidad parlamentaria**" y yo ni podía leer para enterarme cómo era aquello. Mi hermano



Juan Ramón aprendió por propio esfuerzo. Leía los periódicos y los copiaba para practicar la escritura. Otras veces leía un diccionario: amor, amoral, amoratado, amorcillo, amordazar... Así decía.

Fidel sin barba

Conrado disfruta contando esta anécdota que, según él, "es de las cosas mejores que pasaron en mi vida":

—Un día, hace algunos años, llegó Fidel Castro a Aguacate. Venía a hablar con nosotros los campesinos. Yo le escuchaba tan embobado que ni recuerdo bien lo que nos dijo. Que había que derrotar al tirano, que los líderes no deben oprimir al pueblo sino ayudarlo y desvelarse por él, que el pueblo tenía que triunfar y que triunfaría.

—Fidel entonces no llevaba barba y a mí me lució un joven como de 22 años. Hablé con él, caminé con él por el campo, comimos lechón asado y yuca con mojo.

—A la Nochebuena siguiente, Fidel me mandó una carta felicitándome las Pascuas y yo la guardé con todo cuidado. Pero una noche llegó un viento muy recio y nos tumbó la casa. Nuestras pobres cosas se volaron por el campo y la carta

no apareció más. La busqué horas y horas y no la encontré.

—Cuando empezó la guerra en Sierra Maestra, supimos que al frente de los alzados estaba Fidel. Oíamos Radio Rebelde y aquello era como escuchar un sueño. En el término de Aguacate la guerra se notó en el aumento de la represión contra los campesinos. Mataron a un hombre atravesándole las sienes con un clavo de línea.

—Algunos decían que los barbudos fracasarian, que no podrían liberar a Cuba. Pero yo sabía que lo harían. Recordaba la fe que tenía Fidel y cómo estaba tan seguro de la victoria del pueblo aquel día que nos habló. Cantidad de fe. Una fe que se contagiaba como se contagian las fiebres, aunque aquella era una buena fiebre. Por eso yo callaba y esperaba quietecito porque sabía que el triunfo tenía que venir.

—Y llegó. Oímos la caída de Batista por la radio y nos echamos a la calle. Cuando quisieron negociar la Revolución, no sé si usted sabe, Fidel pidió huelga general. Los campesinos le seguimos. Fue mi primera huelga, porque yo nunca antes la había hecho.

—La fecha en que mi hermano José



UNA CUADRILLA DE LA COOPERATIVA "JUAN ABRAHANTES" EN PLENA COSECHA. BROMEAN Y BROMEAN SIN PARAR LA FAENA.

Ramón y yo entramos en la Cooperativa Juan Abrahantes no se me olvida: el 13 de mayo de 1960. Desde entonces mejoró todo para nosotros. Esta es la vida en que a veces uno pensaba cuando se quedaba solo y callado; pero vamos, yo nunca creí que pudiera llevarla a cabo. Lo único malo es que me pilló soltero y con tantos cumpleaños en el cuerpo.

Tocar para creer

Habla con cariño de su trabajo en la Cooperativa: "Soy cargador de carretas de caña y eso de carretear hay que hacerlo bien y con conciencia. Ahora tengo diez reses propias: caballos, dos yuntas de bueyes, éso tengo. De los beneficios anuales que saca la Cooperativa, nos retienen el 80 por ciento para cubrir el pago de nuestras casas nuevas y sus gastos de luz y otros; el otro 20 por ciento nos lo entregan en dinero. Y tengo ahorros. Creo que antes ni sabía lo que significaba esa palabra".

Con su psicología entrañablemente campesina, Conrado Cabrera sólo cree lo que ve. Les han engañado tanto y durante tanto tiempo que necesitan tocar para

creer, como Santo Tomás. Conrado es así y está convencido de que el periodista también necesita comprobaciones prácticas.

Firma ante mí y rubrica su nombre para que no quepa duda que sabe hacerlo. Amable pero inexorable, me lleva a su casa nueva —limpia, bien amueblada, acogedora— y me invita a contar los billetes que son sus ahorros: cerca de cien pesos. También enciende los tubos de luz fluorescente que iluminan su sala. Aun es de día, pero no importa. Hay que demostrar que funcionan. Acaricia la lámpara con ternura, sonriendo con sus millares de arrugas. Recuerda:

—Antes nos alumbrábamos con las "chismosas", unos candiles que se alimentaban con "luz brillante" (kerosene). De brillante no tenía más que el nombre. Se apagaba con el viento, nos incendiaba las casas de yagua. A veces escaseaba y teníamos que comprarlo en la bolsa negra. Ahora tenemos estas lámparas con esta luz tan lujosa...

De noche, miliciano

Las paredes de estas flamantes casas

campesinas están decoradas con un curioso surtido de fotografías, cromos y láminas en color. Todo esmeradamente presentado, con marcos y vidrios. Hay una estampa del Sagrado Corazón de Jesús y a su lado Camilo Cienfuegos. Una vista panorámica de la Segunda Declaración de La Habana, junto a la Sagrada Cena. En la entrada un cromo de hace treinta años, de candorosa cursilería: una joven pasea dulcemente por un lago y deja posar su mano sobre el agua. Cerca hay unos cisnes y arriba dos inscripciones gemelas que dicen: "Good luck", Buena Suerte.

El guajiro Conrado Cabrera está contento. Esto quiere él: que lo recorramos todo, que lo veamos todo, que no haya dudas. Camina con agilidad apoyándose en su muleta, mientras me enseña su hogar y el de su padre y me presenta a su familia:

—Cuando llega la noche, concluidas ya las faenas, me pongo mi uniforme de **meliciano**. Mi hermano José Ramón también. Somos del pueblo y llevamos la autoridad del pueblo. Eso contenta. Claro que me apena haber nacido a destiempo, pero si tengo suerte, tal vez pueda arreglar esto de mi soltería.

ROQUE DALTON redactó así su ficha autobiográfica: "Nacido en 1935 en San Salvador, El Salvador. Hijo de un terrateniente norteamericano y de una mujer del pueblo. Estudió con los jesuitas (hasta que 'se le vino abajo el cielo') y en las Universidades de Chile y El Salvador. Por su participación en la lucha política de El Salvador obtuvo hasta ahora dos cárceles y una condena a muerte... que no se llevó a cabo por caer el Gobierno cinco días antes de la fecha señalada. Premio Centroamericano de Poesía 1956, 1958 y 1959, Premio Internacional de poesía de la UIE de Praga, Checoslovaquia, 1961. Obras: Mía Junto a los Paperos, San Salvador, 1957, La Ventana en el rostro, México, 1961, El turno del Olvidado, recomendada en el III Conjurto de Casa de las Americas, 1962, El Pan Necesario, 1962, 'San Salvador 1960', teatro, 1961."



FREDDY 62

EL GATEO



“Y vi que era capaz de la ternura.”

por ROQUE DALTON

ILUSTRACIONES DE FREDDY

EN uno de los cajones de su viejo escritorio, a la par de unos manifiestos inconclusos que hablaban encendidamente de la urgencia de unificar todas las fuerzas obreras del país, encontramos la hoja de papel de oficio escrita a mano y llena de notables correcciones. Al principio creímos que se trataba de un mensaje en clave, y mi teniente Arévalo insistió en hacerlo interpretar por medio de unos expertos gringos de la Embajada. Cuando al fin se convino en que no iba a ser posible sacarle nada de provecho, la dejaron abandonada en el archivo donde esta mañana la descubrí.

He pensado en él de nuevo. Han pasado ya dos semanas desde que terminó el asunto y me parece que fue ayer cuando se despidió de su mujer en mi presencia. Ahora no importa ya nada. Sin embargo no sé por qué, al leer de nuevo la hoja de papel me siento raro, equivocado, si acaso es correcto decir así. No sé, no sé. Pero me parece que hay en todo esto algo muy malo...

El manuscrito dice así:

“El ratoncillo que vive en mi cuarto de estudio se llama Cecilio. Al menos así le llamo yo, y si consideramos que pudiéndole haber matado al capturarlo por primera vez en la ratonera de jaula que poseo, le dejé vivir, se comprende que no hay en el mundo otra persona que tenga un derecho superior al mío para bautizarle. Claro que también hubo dificultades. Cuando Cecilio comenzó a devorar el único libro grande de Stalin que me queda, perdí la paciencia y decidí matarle. Puse una noche de esas, junto a su rincón predilecto, la famosa trampa de jaula repleta de aromático queso, y al amanecer, de nuevo lo tuve entre mis manos mirándome asustado con sus ojillos harto negros, que no sé cómo le dan espacio al fulgor, y el corazoncito palpitando a flor de la rosada piel, ahí donde su fino pelo gris desaparece. Claro, uno que tiene hijos y novias, no va a matar a sangre fría a un pobre ratón como Cecilio, máxime si para ello hay que zarandear violentamente la jaula trampa a fin de que la víctima interior se clave, se desclave y se vuelva a clavar, en unas feas púas de acero ahí colocadas por sádicos espíritus. Hicimos un pacto que ninguno de los dos ha violado hasta ahora: yo le dejo por las noches un mendrugo, un trozo de queso o tocino, un pedazo de mango o una papa frita, y él deja en paz mis ochocientos libros, sueño dorado de más de alguna rata infame e intransigente.

Además he notado últimamente que Cecilio se ha puesto en carácter de paladín de mi cuartucho ya que no es raro encontrar por las mañanas una o dos cucarachas muertas en forma evidentemente violenta, sin haber otra explicación de sus decesos que la cólera de mi pequeño amigo ante la posibilidad de que las estúpidas periplanetas le entren con diente y saña a los volúmenes que amo y después él tenga que pagar el pato.

En realidad —¿por qué andar con medias tintas?— Cecilio se ha captado totalmente mis simpatías. Me atrevo a decir, y no porque el afecto me esté parcializando, que es un ratón especial: inteligente, ágil, digno, educado, práctico, hermoso, modesto y lleno de esa sana alegría de vivir que no poseen por ejemplo los hombres ricos, los gansos de cualquier tipo o los irascibles rinocerontes africanos. Cuando me quedo leyendo o escribiendo hasta muy tarde, Cecilio sale desde la caja de cartón en la que guardo mis revistas y me mira largamente moviendo su hociquillo y sus bigotes, diríase que preocupado por mi salud, y luego salta cautelosamente al suelo hasta acercarse a mis zapatos para saber, no sé por qué clase de medios particulares, si todo anda bien.

Yo lo dejo hacer, completamente inmovilizado. Concluidas sus investigaciones lanza un casi imperceptible chillido de aprobación y vuelve a su caja maternal a dormir tranquilizado. No se ha dado el caso, hasta ahora, de que acepte comer en mi presencia. Cualquier movimiento mío lo hace, digo yo, ruborizarse y emprender la fuga a velocidades increíbles. Mas, sinceramente, creo que con el tiempo ganaré su confianza o su comprensión de que entre nosotros los humanos no es de mal gusto dejarse ver mientras uno come. Cuando Cecilio sepa que no se lo he de tomar a mal, tendré espectáculo...

Una cosa es exacta e incontrovertible: este ratoncillo de que hablo es aseado hasta más no poder. Ni Lisa, ni mi madre, ni nadie, pueden decir que sus, digamos, naturalidades, se hayan hecho notar alguna vez. Acerca de cómo se las arregla sería de averiguar y hundimos para siempre la industria de los enseres higiénicos...

No estoy muy seguro de las ideas políticas de Cecilio, pero, a no dudarlo, está lejos de ser un ratón de sacristía, conservador y mezquino. Su agilidad y su fuerza, su conciencia de no ser menos parte del mundo que un edificio de cemento o una locomotora, tienen que haberle indicado ya, aunque no pueda expresarlo, que hay una vida material y limpia que merece el homenaje de ser aprovechada aún por los ratones. Sí. Cecilio sabe eso y mucho más. Cecilio no es una rata polvorienta y portadora de bacilos. Cecil...

Hasta aquí lo escrito en el papel. Al tipo lo capturamos en ese momento y tuvo que interrumpir la escritura. A pesar de todo, ¡pobre muchacho! Yo no le había visto nunca, pero desde el primer momento me impresionó su palidez entre el montón de libros. Y no es que diga que no estuvo bien que se le fusilase: al fin y al cabo era un militante del Partido Comunista y lo más seguro es que también fuese un agente de Moscú o del Castro ése. Sin embargo, no sé, no sé... Será que cada día estoy más viejo y empieza a fastidiarme la rutina...

Indio Lacandón,
descendiente directo
de los Mayas.



Rumbo a Najá



LOS LACANDONES

INDIOS OLVIDADOS

POR CARLOS JURADO
FOTOS DE ENRIQUE MARTINEZ
VIÑETAS DEL AUTOR

—¡Mira, esa es la laguna de Najá!
Y el dedo señala una fotografía pegada a un álbum.

Mi reencuentro con Chiapas y su selva ha sido insólito; acontece en Cuba en el interior de una solemne estancia del Museo Montané de la Universidad de la Habana. Frente a mis ojos aparecen imágenes que reviven momentos de una vieja experiencia y afuera, en las calles de la ciudad, la nueva vida de Cuba palpita bulliciosa. Mientras, a mi memoria acuden los recuerdos.

Preparativos de un Viaje

Si uno se encuentra en San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, podrá escuchar de vez en cuando frases como éstas:

—Ay Dios, los Lacandones son unos indios muy feos.

—Los “caribes” se comen a los indios.

Las dicen los **ladinos** que se aventuran comerciando chucherías, ganado o tabaco, más allá de los límites del Municipio. Pero no todos tienen la misma opinión. En las orillas de la ciudad, fría y montañosa, baluarte físico y espiritual del siglo XVI en América, una vieja casa colonial ostenta un extraño título: “Na Bolom” (La casa del tigre). Su dueño, el danés Frans Blom, anciano de cabeza blanca, vive hace más de treinta años en México. Dedicado a explorar la Selva Lacandona, levantó el plano más exacto que de ella se conoce y reuniendo material etnográfico y arqueológico fundó en “Na Bolom” un museo.

A fines de 1956, el fotógrafo Enrique Martínez y yo, decidimos hacer un viaje a la Selva Lacandona. Ambos residíamos en San Cristóbal como empleados del Instituto Nacional Indigenista y por entonces disponíamos de vacaciones. ¿Quién mejor para asesorarnos que Don Pancho Blom? En la acogedora sala de su casa, ante sendas tazas de café, nos aconseja:

—Los lacandones son como niños, les gusta que los obsequien, lleven **paliacates** (pañuelos rojos), sal, chucherías de vidrio y balas del 22. Si alguno de ustedes tiene catarro mejor no vaya.

Y asombrados escuchamos la explicación que nos da.

—Los Lacandones desconocen esta enfermedad, su organismo no posee defensas para resistirla; si alguno coge catarro, se muere.

Frans Blom nos instruye pacientemente, nos dice qué equipo debemos llevar y nos proporciona un mapa de la zona.

—El grupo que les conviene visitar es el de Najá, por ser el más numeroso.

Sendas de Montaña

Hace horas que cabalgamos. El pueblo indio de Oxchuk está próximo y pernoctaremos en la clínica instalada por el Instituto Nacional Indigenista. La jornada ha transcurrido entre el silencio de los pinos; de vez en cuando algunos **Tzeltales**, cargando pesados haces de leña, se cruzaron con nosotros.

A la caída de la tarde nos recibe el alborozo de los perros que ladran bajo las patas de los caballos; en los corrales hay sembradíos y vemos un curioso letrado que nos hace sonreír:

“Prohibido el paso a los animales.”

El médico encargado de la clínica es una mujer de 30 ó 35 años; nos recibe afablemente y nos interroga sobre San Cristóbal; en tanto, un joven indígena conduce nuestras bestias al potrero.

Por la madrugada nos aprestamos a partir. De ahora en adelante nos acompañará Daniel, un indígena tzeltal que es maestro en su comunidad. Util como guía, gran compañero y experto tirador, tiene enormes deseos de conocer a los Lacandones. Abandonamos el poblado de Oxchuk con rumbo a Ocosingo, la puerta que con-

duce a la Selva Lacandona.

Los bosques de pino se repiten interminablemente; bordeamos una montaña donde grandes lajas de piedra hacen resbalar a veces, los cascos herrados de las cabalgaduras; abajo, un paisaje de montañas y ecos llena el horizonte.

El canto de los pájaros rompe la quietud y el lodo acumulado por lluvias crecientes dificulta la marcha. El caballo que monta Martínez resbala y cae aparatosamente. Por fortuna sólo hay que lamentar el daño que sufre una de las cámaras fotográficas. Desde lo alto vemos las luces de Ocosingo; el descenso se hace interminable y las malas condiciones del camino nos obligan a desmontar y marchar cautelosamente. Cuatro horas empleamos en bajar la montaña y ya en el pueblo, un sueño de plomo repone nuestras fuerzas.

Ocosingo es la Cabecera del Municipio. Lugar de gran movimiento y centro de reunión de comerciantes, sólo tiene acceso por aire en avionetas, o por veredas y caminos de herradura. Aquí el sol ya se siente, Ocosingo es “un pueblo de la selva”. Por la mañana hacemos algunas compras: latas de conserva, pilas para linterna, cartuchos para escopeta; también los regaló destinados a los Lacandones.

Ruinas, Veredas, Hombres

Una vegetación agresiva sustituye a los pinares y el ambiente se hace denso y colorido. Cerca están las ruinas Mayas de Toniná, pero no tenemos tiempo para visitarlas. Daniel no conoce esta ruta; cambia su natural timidez por una euforia que lo hace disparar certeramente, sobre cuanto ave rara o ardilla se cruza en el camino. Un mapa es ahora nuestro guía y fijamos como meta “el Real”, muchas leguas adelante. Pasamos por una finca y nos acercamos por información; en los

Daniel, el maestro Tzeltal
y Feliciano el guía, peón
de la finca "Monte Líbano",
con el autor de la
crónica en el poblado
de Najá.



Mateo, el patriarca del
grupo, astrólogo y filósofo,
con sus dos mujeres y
sus hijos. En su rostro
se ven las huellas de
una quemadura que sufrió
en la niñez.



Los indios que se extinguen, últimos descendientes de los Mayas antaño poderosos, pasean hoy sus sombras miserables por la selva.



amplios corrales se agrupan las chozas de los peones y aúllan los perros, no vemos un alma y nadie responde a nuestras voces. En algunos sitios de Chiapas, los indios fabrican aguardiente clandestino. Esto es severamente combatido por la policía particular perteneciente a un monopolista local, que no admite competencia. Quizá hemos sido confundidos con los famosos fiscales que asolan la región.

Nos cae encima la noche sin avistar "el Real" y las veredas se bifurcan. Por temor a perdernos decidimos dormir a campo abierto; Daniel ha cazado varias aves que cocinamos en una fogata. Al apuntar la mañana, ensillamos las bestias y marchamos a paso acelerado.

Pepe Tárano, dueño de "el Real" tiene una agitada historia. Como plaga que asolara la comarca, así cayó por aquel rumbo proveniente de España. Arriador de bueyes primero y auxiliado por su duro carácter y fuertes brazos, fue "prosperando". Después de un incidente en el que mediaron tiros y blasfemias, se casó con una mujer rica y se hizo propietario de la finca.

Nos recibe a la puerta de su casa y al decirle que somos periodistas nos hace pasar. Con él está su tío, otro hispano enjuto entrado en años, dueño también de tierras en la zona. Hablador y ceremonioso, el español nos aturde con su charla.

—Si el Gobierno construyera caminos, podría sacar de mis tierras madera de cedro, caoba o primavera para hacerles casas decentes a mis peones, pero como no hay caminos ¡Rediez! tienen que vivir en las chozas miserables que han visto.

Sobre la mesa se acumulan los platillos: tortillas calientitas, carne de res, venado, cerdo y jabalí; el finquero quiere deslumbrarnos. El tío está de paso a San Cristóbal y nos ofrece su casa en "Monte Libano", de donde sólo hay una jornada hasta Najá.

Pronto estaremos con los indios que se extinguen últimos descendientes de los Mayas que antaño poderosos, pasean hoy sus sombras por la selva. El pulso se agita y sentimos reencarnar a Stanley o Magallanes; quemados por el sol y adoloridos los cuerpos, nos creemos protagonistas de una sensacional proeza.

Falsos Misioneros

En Yaxokintelá, donde el monte empieza a convertirse en intrincado laberinto, nuestros ojos asombrados contemplan una treintena de casas modernas con techos de zinc, que relumbran al sol. A menos de cincuenta kilómetros con la frontera de Guatemala los evangelistas norteamericanos tienen un campamento. Es la hora del descanso y los geólogos, antropólogos, etc., disfrazados de misioneros, se agrupan en amena charla. Muy cerca de ellos, fuera de la cerca de alambre que rodea el campamento, pasamos lentamente en nuestras cabalgaduras. No hay un saludo, ni siquiera una mirada amistosa, sólo la fría indiferencia de estos "colonizadores".

Al alejarnos vemos la antena del radio transmisor que emerge entre los edificios, y sentimos un malestar profundo.

La vereda se tiende a la orilla del río, que oscurece sus aguas con la sombra de los árboles enormes. Gorjean las aves multicolores y la selva se llena de sonidos; chillan los monos en lo alto y crujen las hojas al paso lejano de algún tapir.

Vamos silenciosos pensando en un Bill cualquiera, que en sus vacaciones puede llegar cómodamente en avioneta hasta la misma entraña de la selva, llevarse un arco Lacandón y unas fotos para colgar en la sala de su casa de Wisconsin o Tejas, tratando de borrar así, la vulgaridad de su vida; el paso de los caballos acorta la distancia y "Monte Libano" sale a nuestro encuentro. Feliciano es el único

peón y lo hallamos enfermo de fiebre. No obstante nos conduce a la casa que su patrón nos ofreciera y que no es más que una sucia galera. En un estante improvisado se alinean innumerables frascos con arroz, frijoles y sopa de pasta; en unos encontramos pastillas de quinina y damos una parte a Feliciano para que se cure.

Es temprano y bajamos al río para bañarnos y descansar después. Al día siguiente seguiremos a pie y Feliciano nos acompañará como guía.

Najá, la Casa del Agua

El camino es fangoso y accidentado. Los bejucos se enredan en los árboles formando dibujos que semejan redes de araña gigantesca; la exuberante vegetación no deja pasar los rayos solares y el suelo se mantiene húmedo y lodoso. Flores extrañas y orquídeas enormes que cuelgan de las ramas, dan al paisaje un aspecto fantástico.

De pronto un claro y Najá se desborda en nuestros ojos.

Como un espejo reflejando a la luz, la gran laguna se acuesta entre la selva y en sus riberas se levanta el poblado Lacandón. Por fin conoceremos a esos seres casi extintos, que en total no suman doscientos. Para llegar a ellos hay que atravesar la laguna y Feliciano se asombra, pues conociendo antes el lugar nos dice que el poblado cambió su ubicación.

Felipe Baer, misionero evangelista norteamericano, vive allí hace catorce años. Enviado por su secta a catequizar Lacandones, fracasó en su intento, pues los "caribes" como les llaman en la zona, tienen su propia religión heredada de sus ancestros y no la cambian. Entonces Felipe Baer empezó a convertir a los indios Tzeltales de rumbo colindantes y en represalia a los Lacandones, que disgustados se mudaron a la orilla opuesta, les vende a



Chambor nos conduce en su cayuco por la gran laguna y mira extrañado al fotógrafo Martínez, que filma el paisaje exuberante que nos rodea.



A nuestro alrededor, con su largo pelambre y batones blancos, como fantasmas dolorosos, los Lacandones vegetan en el olvido. Nadie se ocupa de ellos, nadie los visita.



precios altos, artículos que él mismo les enseñó a usar. La flamante avioneta que le aprovisiona en vuelo desde Tuxtla, lo surte de cucharas, platos de peltre y molinos de mano para maíz. Los Lacandones le pagan con dinero que a veces obtienen de compradores de tabaco.

Chambor, el Lacandón, nos conduce en su cayuco por la laguna. Nos impresiona su larga cabellera y su batón blanco, vestimenta que siglos atrás, impusieron los misioneros católicos a su grupo. Seres primitivos, no contaminados aún por algunos vicios de occidente se mantienen sencillos e ingenuos. No conocen el robo ni la mentira, aunque en su mayor parte han sido acostumbrados por los mercaderes a beber aguardiente, para así poder despojarlos.

A cambio de los regalos que llevamos y siguiendo un viejo rito, nos corresponden con yuca, plátanos y otras frutas; abren nuestras mochilas y después de hurgar todo lo que llevamos, lo dejan en su lugar. Algunos tienen fusiles y escopetas que trocaron por tabaco o les obsequiaron los turistas, pero la mayoría sigue cazando con sus arcos y flechas tradicionales, las cuales fabrican con distintas puntas. Para tigre o venado, aves o peces.

Cada casa Lacandona tiene un templo, al que no tienen acceso las mujeres y animales hembras, donde adoran curiosos ídolos de cera y brea. Tirados al olvido, estos hombres no han podido sustraerse en su lejano medio, a toda clase de abusos. Si bien su concepto de las relaciones es distinto al nuestro, pues practican la poligamia, sufren las vejaciones de los extraños que se burlan de ellos y violan a sus mujeres.

El patriarca de Najá es Mateo, un viejo con el rostro deformado por horrible quemadura, astrólogo y filósofo. Un día nos llama la atención un niño rubio. Aunque entre los Lacandones hay algunos albinos, éste no lo era. Mateo se percató de nuestra sorpresa y nos dice sonriendo:

—Chankin va monte cazar venado, Felipe Baer viene todas las noches y enamora mujer Chankin.

Martínez pasa el tiempo tomando fotografías, Daniel se ha hecho muy amigo de Feliciano y yo tomo notas y dibujo. A nuestro alrededor, con su largo pelambre y batones blancos, como fantasmas dolorosos, los Lacandones vegetan en el olvido.

Vamos de regreso. Otra vez al bosque y la montaña. En el camino Daniel propone a Feliciano que es viudo, llevarlo con su pequeña hija a su comunidad. Le ofrece tierra y sustento hasta que levante la primera cosecha y enumera las ventajas de una tierra más fría y benigna. Lo insta a cambiar su condición de esclavo por la de hombre libre, pero Feliciano, temeroso de tan increíble proposición, no acepta. Nos despedimos en "Monte Libano" dejándole ropas y algún dinero.

El Centro Indigenista de San Cristóbal tiene una visita inesperada. Un joven cubano, el antropólogo Manuel Rivero de la Calle, hace un viaje de estudio. El silencio se rompe con su bullanguero hablar isleño y se hace amigo de todos.

Principia el año 1957 y nos cuenta con entusiasmo de un grupo de guerrilleros que combate en los montes de su patria; además nos obsequia dos ejemplares de un libro proscrito y que ha sacado clandestinamente: "Geografía de Cuba" por Antonio Núñez Jiménez. En cambio le obsequio mi serie de fotos Lacandonas.

Han transcurrido seis años y parte de esas fotos son las que ahora contemplo. Los guerrilleros de la Sierra Maestra abrieron el camino y Cuba inicia una vida sin explotación ni intromisiones perniciosas. Y muy lejos, en México, los indios siguen contemplando su tierra.

India lacandona con los rasgos clásicos de los Mayas. Desde hace cuatrocientos años estos indígenas han sufrido toda clase de vejaciones.



REQUIEM PARA EL COLONIALISMO



EL SOSPECHOSO RETARDO DE LAS TROPAS INGLESAS EN INTERVENIR PERMITIO QUE LAS PERDIDAS POR INCENDIOS Y SABOTAJES ALCANZASEN A 40 MILLONES DE DOLARES.

"Por miedo al surgimiento de una segunda Cuba los Estados Unidos quieren convertir a la Guayana Británica en un segundo Congo"

OBRANA LIDU

"EL gobierno considerará si el Primer Ministro Cheddi Jagan es capaz de gobernar después de la declaración de la Independencia". Desde su trasnochada soberbia colonial, Londres apelaba, otra vez (Mayo 1962) al viejo mito; pretexto "in extremis" para su permanencia en la Guayana.

Porque desde 1950 las cosas comenzaron a cambiar en su apacible colonia americana. Un dentista de ascendencia hindú, hijo del encargado de una plantación azucarera de Puerto Morant y doctorado en la Universidad de Northwestern, Illinois, fundó ese año un partido al que llamó "Progresista Popular" (PPP).

Ya, tres años antes, Cheddi Jagan había ocupado un escaño en el Consejo Legislativo ("la primera voz anticolonialista oída en la Guayana", escribió su esposa Janet). Su programa, recogido en las minas y las plantaciones azucareras, era nítido: abolición del colonialismo, desarrollo de la eco-

nomía nacional y mejoramiento de las condiciones del pueblo.

En 1953 le fue necesario a Gran Bretaña suspender la Constitución y cerrar el Consejo Legislativo para anular la victoria electoral de Jagan ("estaba a punto de establecer un gobierno comunista") y en 1957, año en que también fue electo, después de perseguirlo y encarcelarlo, debió convertirlo en Ministro de Industrias, ante la presión de las fuerzas nacionalistas.

Lo demás es reciente: el PPP obtuvo en las elecciones de agosto de 1961, con el 84 por ciento de los votos, 20 de los 35 escaños en disputa. Sumó a él sus electores (escasos, por lo demás) el Movimiento Independientista de la Guayana Británica del Dr. Jai Narin Singh, que perteneciera al PPP.

Los datos eran alarmantes para el colonialismo. Sus partidos representativos habían quedado en impotente minoría. Tanto el demagógico "Congreso Nacional del Pueblo" (PCNP) de Forbes Burnham, que obtuvo once asientos, como el "Fuerza Unida" (FU) regentado por el millonario Peter D'Aguiar, fabricante de pepsicola (y tan pro-norteamericano como ella) que debió conformarse con cuatro.

Claro que hasta ahora hemos dado la impresión de que sólo la metrópoli londinense vive desvelada por los arrestos nacionalistas de la Guayana. Es la imagen más frecuente.

Porque el Departamento de Estado norteamericano —eso se sabe— prefiere for-

mas neo-colonialistas de expansión y dominio. Hasta Puerto Rico es un "Estado Libre Asociado" y el Viet Nam del Sur, tiene dictador propio.

Pero, ¿por qué no aprovechar las formas coloniales impuestas por otra metrópoli para asegurar el libre juego de sus monopolios y contener la rebelión nacionalista de un territorio americano; sobre todo cuando su líder natural habla de "neutralidad" y "desarme", considera las nacionalizaciones como algo "atributivo de la soberanía de cada Estado" y se ha declarado amigo y admirador de la Revolución Cubana"?

Dean Rusk ha dicho (Abril 1962) que "el que la Guayana Británica obtuviera su independencia equivaldría a una bomba de tiempo detrás de los Estados Unidos"

El Dulce Sueño de los Monopolios

En el diario checoslovaco "Obrana Lidu" apareció hace poco un artículo titulado "El país denominado BG". Su autor aclaraba que si para los inadvertidos podría significar "British Guiana", los más enterados leerían "Brooker Gujana", recordando "el consorcio inglés Brooker Brothers que desempeña en la Guayana el papel de la United Fruit Co. en las llamadas Repúblicas bananeras".

No es exagerado: el Brooker Mc Connell and Co Ltda, es el consorcio británico que procesa el 70 por ciento del azúcar que se produce en la Guayana. Y el azúcar

—el 90 por ciento de cuya producción se exporta— es el principal producto del país.

El Brooker tiene 12 de los 21 ingenios que hay en el país, controla la explotación de oro y de diamantes y como si fuera poco, posee fuertes firmas comerciales y es propietario de la flota mercante.

Si se piensa en el arroz —segundo producto en importancia— allí actúa el "Demerara Liverpool", también inglés y si en la bauxita (hidrato aluminico del que se extrae el aluminio) el dominio es compartido y disputado por la "Demerara Bauxit Co" (filial de la "Aluminium Corporation of Canada" ligada a la "Aluminium Company of América" del grupo norteamericano Mellon) y la "Reynolds Metals Co. Ltda", también norteamericana.

Ahora se ve más claro qué quieren decir los colonialistas ingleses —hablando en su nombre y en el de sus socios y rivales norteamericanos— cuando dicen proponerse "considerar si el Primer Ministro Cheddi Jagan es capaz de gobernar". Ellos saben que Jagan no sería un buen administrador de sus monopolios.

Una Independencia bien Entendida

El periodista norteamericano Lawrence Spivack recibió hace pocos meses, en el programa neoyorquino "Ante la Prensa", una respuesta de Jagan, que aun debe constar en su libreta de apuntes. "La independencia política —le dijo— no es más

que un espejismo si no la acompaña la independencia económica".

Y complementando: "creo en el ideal de la nacionalización de todos los importantes medios de producción, distribución e intercambio" y la Guayana considerará esas nacionalizaciones "un atributo inseparable de su soberanía".

Y para que no hubiera confusión posible agregó que se propone "liquidar el viejo sistema económico, basado en la explotación de los trabajadores y el desvergonzado saqueo de las riquezas del país".

En lo inmediato Jagan cree que para impulsar el desarrollo económico de la Guayana debe empezar su tarea por el campo. Repartir tierras a los campesinos desposeídos (ya lo hizo con 93 mil acres), diversificar la agricultura para disminuir la dependencia de las importaciones y para crear un adecuado mercado interno a la industrialización.

El sabe que el desempleo heredado en las ciudades sobrepasa el 18 por ciento y que eso crea descontento —aprovechado por el racista Burnham— entre la población negra allí predominante, pero eso no le hace olvidar que la industrialización no debe seguir un proceso artificial.

Entretanto, inundaciones y sequías, tragedia alternativa de la Guayana, serán combatidas con un sistema de alcantarillado y regadío; a la erosión de la franja costera con los necesarios diques y a la obstrucción de los ríos —que atenta contra el turismo y encarece los fletes— se le procurará solución.

Jagan ha elaborado un programa de desarrollo de 5 años que requiere una inversión de 65 millones de dólares. También en esto fue claro: ha dicho que aceptará inversiones de "cualquier procedencia", pero advirtió que la Guayana "necesita préstamos a largos plazos y bajo interés" y que no admitirá "condiciones alévosas".

Sobre la ayuda "occidental" solicitada, el mismo Jagan ha tenido que decir que "ha sido ofrecida en condiciones tales que constituyen una forma de imperialismo". Esa supuesta ayuda "no viene al país para industrializarlo, sino para extraer sus materias primas".

Y cuando el Primer Ministro habló de la posibilidad de que la Guayana fuera incluida en los planes de la "Alianza para el Progreso", Dean Rusk comentó, al otro día, que "la ayuda a la Guayana Británica dependerá de la política que adopte el gobierno de Jagan".

Habrà que pensar en la colaboración socialista de la que el gobernante guayanes piensa que "muchas veces ni contiene cláusula de interés y fomenta el desarrollo industrial, como lo prueba el caso de la India".

En cuanto a su política internacional, la Guayana seguirá una línea "neutralista activa ("como India, como Ghana") será partidaria del desarme" (los 90 mil millones de dólares que se gastan anualmente en armamentos podrían abolir la pobreza de la superficie terrestre") y mantendrá excelentes relaciones con la Cuba

DIO FORMA POLITICA A LAS ASPIRACIONES INDEPENDENTISTAS DE SU PUEBLO.



CHEDDI JAGAN, PRIMER MINISTRO DE LA GUAYANA BRITANICA.



LOS "POLICEMEN" LONDINENSES, CON COACTIVA CORTESIA, APARTAN A JAGAN DE UNA MANIFESTACION DE PROTESTA POR LA MATANZA DE NEGROS EN AFRICA.

Socialista donde, al visitarla, Jagan comprobó "como todos los que han estado allí, que el gobierno cuenta con el absoluto respaldo popular" y que Fidel Castro "es digno de admiración por su lucha por el hombre común del pueblo".

Los Dólares Juegan Sucio

Los primeros días de febrero pasado, tres misteriosos e inconfundibles norteamericanos llegaron a la Guayana y se hospedaron en el Tower Hotel, de Georgetown. De su cuenta —pasados los disturbios y violencias con que se pretendió derrocar al gobierno de Jagan— se haría cargo la perseverante Agencia Central de Inteligencia, de los Estados Unidos.

Los agentes tenían algunas visitas que hacer. La primera al descendiente de ricos portugueses, Peter D' Aguiar que ya en 1960, siguiendo instrucciones precisas, había formado con señalados businessmen, un grupo fascista dirigido a combatir el programa independentista y popular de Jagan.

Fabricante de ron, cerveza y pepsi-cola, aunque piadoso católico, D'Aguiar había secundado a la Iglesia en su campaña contra Jagan cuando este abolió, en el mismo año 1960, el control clerical sobre 51 escuelas.

Con tales antecedentes, en su campaña electoral no podían faltar el ingrediente anticomunista, los ataques a la Revolución Cubana y toda una ininterrumpida cadena de calumnias y falsedades sobre Jagan y su programa.

Claro que entonces, los coordinadores de la CIA habrán podido comprobar que el millonario norteamericano Joost Sluis y el también norteamericano Swartz, de la denominada "Cruzada Cristiana Anticomunista", ya habían hecho entrega a D'Aguiar de los fondos necesarios para reclutar el "lumpen" de Georgetown y difundir la confusión y el engaño entre los desocupados.

Y se habrán frotado las manos de regocijo al ver cómo muchos partidarios negros de Burnham se sumaban a la conjura, exacerbados en su antagonismo racial contra los hindúes (radicados en su mayoría en el campo) a los que se presentaba como exclusivos beneficiarios del programa de desarrollo de Jagan.

La maniobra era simple: se trataba de desviar la lucha de clases y enfrentar entre sí a los trabajadores, aliando a un sector de ellos con sus propios explotadores.

Y fue curioso ver, en las violencias, saqueos, incendios y tiroteos, sucedidos entre el 16 y 18 de febrero, a los directores de las compañías de seguros, a las señoras bien vestidas y a fuertes comerciantes, en la inusual compañía de los trabajadores y de los salteadores a sueldo.

Ese fue el aporte de Burnham a los disturbios, ya en definitiva alianza con D' Aguiar. Cosa que no debe extrañar, ya que aunque verbalice un vanguardismo incendiario, Burnham opera como un instrumento colonialista. El Presidente de la Junta de su partido, Mr. Gaskin es un alto empleado del puodelotodo consorcio "Booker" y Andrew Jackson, el secretario, un eminente sindicalista. Y ya se sabe lo que son los sindicatos en la Guayana.

El Consejo de Sindicatos (Trade Union Council) controla los sindicatos de afiliación forzosa, organizados y financiados por los consorcios extranjeros y los comerciantes nativos.

Pero cuando Richard Ishmael, presidente del más fuerte de los sindicatos, el azúcar (que agrupa a 30 mil trabajadores hindúes de las plantaciones) llamó a la huelga contra Jagan el 17 de febrero, ningún trabajador le hizo caso.

Pero si también los comerciantes de Georgetown debieron hacer un "lock out" y amenazar a sus empleados con el despido si no los veían en las manifestaciones; algunos sectores de empleados públicos no necesitaron mayor estímulo para ir a la huelga. Claro que los burócratas tenían algo contra Jagan.

El Primer Ministro estaba dispuesto a acabar con una serie de privilegios, insostenibles para la Guayana. Porque era tradición que esos empleados públicos —ingleses los de más altos cargos— pudieran ir a Inglaterra con sus esposas y devengando sus sueldos, seis meses, cada tres años trabajados.

Para movilizar todas estas fuerzas, se usó como pretexto de ocasión el proyecto de presupuesto que había elaborado Jagan. Parte se refería (y afectaba) a las empresas (impuestos sobre la propiedad, elevación de aranceles a las importaciones, impuestos sobre las utilidades y a las compañías de seguros) y parte a los trabajadores.

Jagan, necesitado de reunir recursos para el desarrollo, había ideado un plan de ahorro compulsivo, según el cual, cada trabajador debía ahorrar cinco centavos por cada dólar, sobre el excedente de 100 dólares que percibiera como salario.

La oposición tomó esto y dijo a los trabajadores que lo que tendrían que pagar eran cinco dólares, si ganaban hasta cien pesos, usó argumentos racistas, atizó el rencor por la derrota electoral, vociferó anticomunismo y pidió el derrocamiento de Jagan por cualquier medio.

"Mata o te matarán", era la consigna de Burnham. Las turbas, el 16 de febrero quemaron los comercios de la calle principal de Georgetown, rodearon amenazadoramente la residencia de Jagan e incendiaron la "Freedom House", del PPP.

Jagan subió a 300 dólares el límite para el ahorro y propuso, infructuosamente, discutir con los líderes de la oposición los términos de un entendimiento. Era evidente que no existía disposición de acuerdo y que, como dice Janet Jagan en "Monthly Review" de Abril 1962. "ellos intentaban destruir a Jagan, el PPP y el propósito independentista, dirigidos y organizados por un grupo fascista que tenía la riqueza y la propaganda en sus manos".

El Primer Ministro, con una policía escasa y desconfiable, tenía ante sí una alternativa para poner fin a los disturbios: o traer a sus partidarios del campo, lo que hubiera significado la guerra civil o pedir que intervinieran las tropas inglesas apostadas en el aeropuerto de Atkinson, a 25 millas de la capital.

Esto hizo, mientras dirigía a sus partidarios un llamamiento pidiéndoles serenidad y calma. Las tropas demoraron lo suficiente como para que las pérdidas materiales alcanzaran los 40 millones de dólares y que el gobierno de Jagan estuviera en situación tan crítica, que debiera verlas como su salvación.

El 19 de febrero, entre las ruinas humeantes de Georgetown los trabajadores volvían a sus tareas. Las tropas inglesas controlaban la situación y los agentes de la CIA regresaban a Estados Unidos, a explicarse ante sus superiores.

De Aquí a la Independencia

El Ministro inglés de Colonias, Reginald Maudling, estaría en inmejorable condición para contestar una pregunta clave: ¿Por qué Londres, en condiciones óptimas para lograr el derrocamiento de Jagan, acudió en su auxilio?

No es aventurado pensar, para desprestigio de los malhadados agentes de la CIA,

que tal cosa se hizo porque la caída del gobierno de Jagan hubiera significado un fortalecimiento decisivo de los Estados Unidos en la colonia británica y un más o menos próximo desplazamiento de los consorcios ingleses.

Pero otra conclusión resulta obvia de los disturbios de febrero: que el primer ministro vio expuesto su gobierno, apoyado por la gran mayoría del pueblo guayanés, por no contar con una fuerza militar propia.

En una entrevista con el "New York Times", con posterioridad a los sucesos, Jagan se refirió al punto y dijo que está dispuesto a formar una milicia o guardia nacional para la defensa de su régimen, la que afectaría, en épocas normales, a la producción ganadera en áreas inexploradas del país.

Pero también la crisis produjo un premeditado ahondamiento de la división racial entre los pobladores negros (35%) y los hindúes (49%) y Jagan tiene ante sí una laboriosa tarea de unificación, la que seguramente podrá resultar facilitada cuando el desarrollo económico permita reducir el desempleo urbano.

Mas ahora, el problema que tiene por delante la Guayana, es el de su independencia. El 22 de febrero, Sir Hug Foot, representante inglés ante la Cuarta Comisión de la ONU, prometió por el honor británico, que las conferencias sobre la independencia que debían iniciarse el 31 de mayo, se cumplirían normalmente.

Pero, setenta días después de ese pronunciamiento, el gobierno inglés decidió, si no por el honor, por los dividendos de sus monopolios (y aquí sí, en perfecto acuerdo con el Departamento de Estado) que las discusiones se "aplazarían varios meses" mientras una comisión investigaba los disturbios y un grupo de sabios estudiaba el encefalograma de Jagan.

Rivales en el dominio interno de la Guayana, Washington y Londres están de pleno acuerdo en conservar el estatuto colonial del país, porque la independencia guayanesa, con el amenazador programa de Jagan, expone la supervivencia de los consorcios anglosajones y crea la perspectiva de una temida "segunda Cuba" en América, que aumentaría las preocupaciones del ya insomne Kennedy.

Claro que aunque no merezca mucha confianza la nueva fecha fijada por Londres (mediados de julio) para iniciar las conversaciones sobre la independencia, sí es de fiar que la resolución de lograrla que tiene la gran mayoría del pueblo guayanés ("la Guayana Británica tiene derecho a ser independiente y lo será este año" —dijo Jagan) se convierta en hechos.

Aún queda a la Guayana un problema crucial: el de las inversiones para su desarrollo, negadas, como medida de presión económica, por las "grandes naciones de Occidente".

Pero también es cierto que Checoslovaquia, Polonia y la República Democrática Alemana, instalarán próximamente varias fábricas para elaborar aceite de arroz, harina y pan, que serán propiedad del gobierno guayanés y que la Unión Soviética está en disposición de ayudar el desarrollo económico de la Guayana.

No, en la época del florecimiento del socialismo y la liberación de los pueblos, en todo el mundo; tiempo de existencia irreversible en el Continente de una Revolución como la cubana, los propósitos de Jagan no son una utopía.

Para cumplirlos y protegerlos, la unidad del pueblo y una fuerza militar leal, parecen ser requisitos iniciales básicos. Jagan ya ha pensado en eso.

ERA EL 7 DE FEBRERO DE 1939... LA ULTIMA MAR-
CHA DE LOS COMBATIENTES CONCLUIRIA ENTRE LAS
BAYONETAS DE LOS SENEGALESES Y LAS ALAMBRA-
DAS DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACION



LA ULTIMA MARCHA

POR JUAN JOSE LOPEZ SILVEIRA
(SERVICIO ESPECIAL DE PRENSA LATINA)

ERAMOS tres o cuatro mil. Habíamos esperado la apertura de la frontera todo el día y toda la noche. Apelotonados al borde del camino que desde La Junquera a Le Perthus escala la falda de los Pirineos, aguantamos, como mejor pudimos, un frío y una escarcha que helaban los huesos y limaban los últimos vestigios de nuestra resistencia física.

En las primeras horas de la mañana llegó la noticia. Era la cuarta o quinta vez que la oíamos. Pero ahora parecía cierta, a juzgar por el rosario de advertencias e instrucciones que la completaban. Primero pasarían las mujeres y los niños. Después, nosotros, los internacionales. Luego, los demás. La División de Márquez, todavía en contacto con las vanguardias franquistas, protegía la retirada. Por otra parte, los falangistas habían estado flojos en explotar el éxito de Barcelona y avanzaban lentamente hacia el Norte.

El permiso de admisión —acotaban— era amplio y generoso. Por tal razón debíamos ser leales y entregar nuestras armas y nuestros implementos militares en los puestos de recepción de materiales que la gendarmería había organizado del otro lado. Lo fundamental —agregaban— era obedecer, sin reticencias, las órdenes de las autoridades francesas.

Al filo del mediodía, en tierra todavía nuestra, las directivas y consejos circulaban de un grupo a otro, en francés, en alemán, en inglés, en español. Aparentemente no escuchábamos nada. Sin embargo, obedecíamos punto por punto lo que se nos indicaba. El instinto de conservación hacía mantener un mínimo necesario de disciplina.

Lentamente nos dirigimos al lugar de reunión. La columna no era, como otras veces, expresión de aguerrida moral revolucionaria. Ahora, la formación constituía sólo un recurso, un medio contra el riesgo de quedar encerrados en la ratonera. Las filas de las brigadas internacionales aparecían, apenas, como un refugio.

Alguien repartió cigarrillos. En seguida —alrededor de las tres de la tarde de aquel siete de febrero del 39— la cabeza abrió la marcha y toda la columna, ensanchando sus intervalos, se estiró en la ladera como una inmensa oruga que despliega sus anillos. Pocos minutos más y habríamos cruzado la línea para siempre.

En lugar de fusiles cargábamos valijas rotas, maletines, mochilas deshilachadas y mugrientas. Tan mugrienta la carga como desapareja la vestimenta, en la que mezclábamos restos de indumentaria militar —“jirones gloriosos”, dijeron en un discurso de despedida— con ropas civiles sacadas quién sabe de dónde. Y todo el atavío tenía, tal vez, menos suciedad que nuestros cuerpos, comidos por los piojos. Y que nuestras caras barbudas, polvorientas, y que nuestros ojos, legañosos.

Todavía faltaban mil o mil quinientos metros para llegar a la línea y considerarnos definitivamente a salvo. Empezamos a entonar, para ayudarnos en la marcha

El autor de este artículo, actualmente Teniente Coronel en retiro del Ejército Uruguayo, defendió arma en mano la justa causa en la Guerra Civil Española desde 1936 a 1939. En las Brigadas Internacionales, donde ingresó como voluntario, peleando al lado de David Alfaro Siqueiros. Fue sucesivamente Capitán, Jefe de Compañía y Jefe de Batallón. Al finalizar la Guerra Civil Española era Director de la Escuela de Guerrilleros de Extremadura. De allí pasó a los campos de concentración donde los franceses internaron a los derrotados leales. De regreso a Uruguay publicó en 1943 un libro, "Guerra de Guerrillas", manual táctico que recoge las experiencias de los guerrilleros españoles. El manual está agotado desde hace mucho tiempo y no fue reimpresso. Lleva siete años de periodismo intermitente en el diario "El Popular" y en el semanario "Marcha", pero vive de otra profesión: la de Contador Público, que estudió en la Facultad de Ciencias Económicas de Uruguay. Soluciona las dificultades con una ligera sonrisa de roedor y ha sido sumamente eficiente en los diversos oficios y actividades ejercidos hasta ahora.

cuesta arriba, las canciones que nos habían sido familiares durante dos años y medio. Lo hacíamos por rutina, por hábito. Tal vez de porfiados.

"Somos la joven guardia
que va forjando el porvenir."

Aunque saliéramos destrozados y desesperanzados.

Los últimos días habían sido intensos, agotadores. Nuestros sentimientos, además, eran nuevos y diferentes. A las trincheras, y a la guerra misma, uno se acostumbra, aunque sea a la fuerza. Un fatalismo especial nos había llevado durante dos años y medio a resignarnos a la perspectiva de la muerte, en cualquier combate, en pleno campo, o en la cama de un hospital de campaña, con los intestinos agujereados por una bala o podridos por la gangrena. Más difícil era pensar, de repente, que todo va a cambiar y que uno ha de quedar en libertad y con vida. No es fácil decidir cómo emplearlas.

Poco a poco, pesadamente, la columna adquiría el compás y el paso militar resonaba, inconfundible, en el asfalto de la calle principal de Le Perthus. El poste que marcaba la línea divisoria de esa aldea —mitad española, mitad francesa— enclavada en los Pirineos, separaba, también, la muerte de la vida.

—¡Vista a la derecha!, mandaron desde la vanguardia.

Era el último homenaje militar que las Brigadas Internacionales rendían a España. Sobre la vereda, pocos metros antes del límite, rodeado de ayudantes, Negrín agitaba su mano en contestación a nuestro saludo.

Volví la cabeza. El sol de la tarde se reflejaba pálido en las nieves aún irisadas de las montañas. En el valle extendido y profundo, entre las casas blancas de La Junquera, hormigueaban combatientes que aun no tenían permiso para entrar en Francia.

De pronto, me di cuenta que nunca, nunca durante la guerra, pude sentir, ni disfrutar, ni aspirar la belleza del paisaje de España. Había estado meses en las trincheras de Sierra Morena y en sus colinas había visto, agitados por el viento, los montes olivareros, sucesivamente floridos, cargados de frutos, luego mustios y marchitos, sin la mano del hombre que recogiera la cosecha. Había visto caer la nieve en las montañas que rodean a Teruel y recordaba el descenso de los copos, como prismas que transportan su propio arcoiris. Me había bañado en el Guadiana, colgado de la maroma de una balsa, cuando salí de Herrera del Duque para el frente; y había contemplado sus riberas planas y el correr de las aguas. Pero jamás en ninguna parte, había tenido capacidad suficiente para entregarme, aunque fuera por momentos, al panorama que mis ojos miraban pero no veían. Las colinas y los recovecos de las sierras sólo eran para mí, posibles abrigos, refugios o adecuados

empezaron a arrearnos:

—Allez, allez, vite! (—Marchen, marchen ¡de prisa!)

Yo sentí el cansancio físico como cualquiera. Pero hubiera sido capaz de soportar, todavía, algunas jornadas de marcha si no hubiera sido por aquellas malditas llagas en los pies. Al principio, cuando comenzó la molestia, cerca de Gerona, había aprovechado todas las oportunidades para lavarlas. Después, resolví tirar el único y ensangrentado par de calcetines. Desde hacía dos o tres días la carne viva rozaba las plantillas deshechas y el cuero mal curtido de los borceguíes. En el último lavado en La Junquera, pude suavizar el contacto con un poco de talco ofrecido por un camarada australiano que coincidió conmigo al lado de la fuente. Por un rato sentí alivio y frescura. Pero ahora el dolor se hacía insoportable.

Los latinoamericanos íbamos en el medio de la columna. Hasta Le Perthus marchaban, delante de nosotros, los voluntarios del Batallón Lincoln. Pero al atardecer, apenas habíamos pasado el poste demarcatorio de la frontera, el cónsul norteamericano había reclamado a las autoridades francesas la entrega de sus doscientos compatriotas. Se decía que un barco los esperaba en Burdeos para la repa-

mendaciones. Debíamos demostrar que no éramos bandoleros ni facinerosos, que nos quedaban reservas de disciplina. Nos estimulábamos mutuamente para echar el resto.

Primero un grupo, luego otro, después todos, en afinación lenta y progresiva, silbamos una marcha. El paso, ajustado ahora a la melodía, se hizo rítmico, firme, y hasta apropiado para un desfile militar si hubiéramos podido trocar nuestro atuendo miserable por el uniforme pulcro que teníamos cuando habíamos salido, por primera vez, de Albacete rumbo al frente. Pero aquella columna, marcando el paso con energía en la oscuridad de la carretera, mientras seguíamos mentalmente la letra de la canción.

(... hijos de la miseria
sabremos vencer o morir)

—Parecía una siniestra esperanza—,
(Que esté en guardia,
que esté en guardia,
el burgués insaciable y cruel.
Joven guardia,
joven guardia,
no le des paz ni cuartel)

Cuando nos aproximábamos a los lindes del pueblo, dejamos de silbar del mismo



LA COLUMNA Y SU BANDERA
CANTABAN EN LA RETIRADA.

emplazamientos, de un nido de ametralladoras. Los ríos, obstáculos estratégicos. La nieve, un contratiempo para las comunicaciones.

Por fin cruzamos la frontera. Un capitán francés, con el inconfundible kepis, se dirigió a la columna que había hecho alto para escucharlo.

—*Ici c'est la paix et la liberté. Pas de chants, pas de bruits!*

(—Aquí existe la paz y la libertad. No canten; no hagan ruido).

Nada tenía importancia y éramos capaces de aceptar pasiva y disciplinadamente esa como cualquier otra orden.

Comenzó, entonces, por fila, un singular trámite aduanero. Los gendarmes nos cachearon minuciosamente. Los que traían algo fueron obligados a entregarlo. Armas, municiones, cuchillos, cortaplumas, relojes, prismáticos, brújulas, quedaron depositados en el suelo bajo la mirada ávida de los gendarmes. Apenas pasábamos nosotros, con nuestros harapos, por ese filtro sólo permeable a la miseria.

Después de la requisita nos flanquearon y empezó la marcha. En pocos días habíamos hecho ciento cincuenta kilómetros desde Barcelona a la frontera. ¿A dónde iríamos ahora? A Perpignan, según dijeron, a ciento cincuenta kilómetros de camino.

Ante nuestro paso cansado, rutinario, pero todavía paso militar, los gendarmes

triación. A ingleses y franceses los habían sacado el día anterior. Para los demás, la columna era, por ahora, el único albergue, la única patria.

El dolor de las llagas iba en aumento. Si hubiera tenido la precaución de usar calcetines sin pliegues, ajustados a la piel, quizás habría evitado las primeras ampollas. Después, había cometido el segundo error, al reventarlas con un alfiler, en el alto que hicimos en San Pedro Pescador. Creí que tendría tiempo suficiente de curarlas. Pero tuvimos que salir enseguida porque los fascistas estaban ya en Barcelona y seguían hacia el norte. Pensé que podría soportar el esfuerzo de la marcha hasta la frontera. ¿Cómo iba a saber que haríamos otra larga etapa después de cruzar los Pirineos?

Los italianos de la Brigada Garibaldi, desde la cabeza de la columna, entonaron las estrofas de "Bandiera Rossa". Los hicieron callar. Al rato, otro grupo —el de los alemanes— comenzó a silbar la cadencia de "Rot Front". Esta vez la tentativa tuvo éxito. Los gendarmes se hicieron los desentendidos.

Unas luces aparecieron a la distancia. Era un pueblo, sin duda, porque se veían destellos alineados de luces, correspondientes a las calles del centro. En los extremos, los faroles de los suburbios se iluminaban a intervalos regulares. Faltaban dos o tres kilómetros para llegar. De adelante hacia atrás, fila a fila, pasaron reco-

modo que habíamos comenzado. Primero en un grupo, luego en otro, después en todos, el silencio quedó subrayado por el rítmico taconear en la carretera. Alguien comenzó a pleno pulmón:

—Un-dos, un-dos, un-dos.

Y después, como si la variación fonética le proporcionara un descanso, la misma voz se elevó sobre nuestras cabezas:

—Ot-jó, ot-jó, ot-jó, ot-jó.

Llegamos al pueblo. Ahora, otra voz había relevado a la primera:

—Ot-jó, ot-jó, ot-jó.

Al enfilar la calle principal, el voluntario que marcaba el compás fue sustituido por un coro de silbos que modulaba de nuevo "La Joven Guardia". Un oficial de gendarmes gritó:

—Silence! Defendu de siffler! (—¡Silencio! ¡Prohibido silbar!)

El coro cesó, a regañadientes. Pero desde algún lugar de la columna se alzaron desafiantes, como un insulto, los dos primeros versos de "La Marsellesa", que retumbaron en la calle, precisos, con todas sus palabras y todas sus sílabas, como un rencor estridente:

—Allons enfants de la patrie!
Le jour de gloire est arrivé!

(—¡Marchemos, hijos de la patria!
¡Llegó el día de gloria!)

La columna se estremeció de punta a punta. De miles de bocas una sola voz continuó:



UN PUEBLO QUE PREFIRIO EL
DESTIERRO Y EL DOLOR ANTES
QUE LA TIRANIA.

—Contre nous, de la tiranie
L'etendard sanglant s'est levé.

(—Abajo la tiranía.

El sangriento estandarte se levanta).

Los vecinos del pueblo, apiñados en las aceras, habían contemplado hasta entonces con respeto —quizás con curiosidad solamente— el extraño desfile. Pero ahora, de acá y de allá, de los bordes de las veredas o desde los umbrales de las casas, surgieron puños en alto que nos saludaban, se acercaron brazos que se metían en las filas, manos que estrechaban las nuestras, que nos tocaban. Unieron voces al canto de la columna. Las órdenes de los gendarmes quedaron ahogadas en solidaridad.

La marcha, acompasando el himno, se animó. Parecía una revista militar de inusitadas galas, de miserias ocultas tras la altivez. Las luces de las casas se encendieron y a través de balcones y portales abiertos, multiplicaron el alumbrado de la calle. Las gentes, agolpadas a nuestros flancos, nos alentaban con vivas y aplausos. Cabeza en alto y pecho saliente, alineamos la formación y acentuamos el ritmo con redoblada energía.

Cuando salimos del pueblo otra vez se nos presentó la carretera larga e interminable. Un frío glacial, seco, castigaba nuestras caras y manos. Al poco rato, un gendarme se sentó a descansar, agotado, con el mauser sobre las rodillas, a la izquierda del camino. En seguida otro lo

imitó. El peso del fusil, el corraje repleto de balas, les impedían aguantar el ritmo de marcha. La disciplina aflojaba.

De pronto, la columna hizo el primer alto desde la salida de Le Perthus. Se transmitieron instrucciones, mientras los oficiales nos iluminaban con sus linternas. Descansaríamos media hora, sin desplazarnos de nuestros lugares en las filas. Nos autorizaban a sentarnos en el suelo. Los que tuviéramos necesidades fisiológicas tendríamos que satisfacerlas al costado de la columna, previo permiso del guardia más próximo y bajo su vigilancia. Harían fuego sobre cualquiera que intentara fugarse.

Por un momento asenté las nalgas en el macadam. Pero me levanté, porque sabía que en media hora mis pies se enfriarían sin remedio y ya no podría ponerlos en movimiento. Girando sobre mi mismo, apenas flexionando las rodillas, marqué el paso en mi sitio, con cuidado de que mis plantas se apoyaran en la grava lo menos posible.

Terminó el descanso y alineamos filas para reemprender la marcha. Nuestro ánimo había decaído. También el celo de los gendarmes había cedido a la fatiga y su tono autoritario se esfumaba en un mismo cansancio que, de algún modo, nos igualaba. Conversábamos en voz baja. ¿Cuánto faltaría? Pasaron más kilómetros de esa marcha sin escape. La carne viva de mis pies se había pegado al cuero agrie-

tado de los borceguíes, como si la sangre, al secarse, se hubiera convertido en argamasa.

En un momento nos pareció que estábamos a punto de llegar, porque habíamos visto otras luces de otro pueblo. Antes de alcanzarlo, sin embargo, nos desviaron por un camino menos transitado. Pero a la hora de marcha volvimos a la carretera. Adrede nos habían hecho rodear la población para evitar el contacto de nuestras miserias (las nuestras y las de los franceses) el fermento de nuestras canciones, otra Marsellesa quizás. Y seguimos todavía un buen rato, dos horas, tal vez tres, aprisionados por una carretera que no terminaba nunca de devorarnos.

Más adelante, donde la ruta se bifurcaba, la columna se dividió. Los gendarmes encauzaron hacia la derecha a los pelotones de la cabeza. Iban a Argelés, según dijeron. Los demás seguimos por el camino de la izquierda, a Saint Cyprien.

—Vite, vite, ¡aprisa, aprisa! nos decían al tiempo que las linternas vigilaban la separación de los grupos.

Recorrimos todavía otro trecho. La carretera terminaba y vimos una especie de portera abierta en una triple alambrada de púa. Negros senegaleses, armados hasta los dientes, montaban guardia. Se oía el romper de las olas, del Mediterráneo. Estábamos en una playa.

En grupos de dos, de tres, de seis, caímos rendidos en las arenas heladas del campo de concentración.

A TRAVES DE LOS PIRINEOS,
LA DRAMATICA RETIRADA...
COMBATIENTES CONDUCIENDO
A SUS COMPAÑEROS HERIDOS.



Redes y pesqueros en el sereno ambiente del Surgidero de Batabanó, donde acuden pescadores de bonito y esponjas.



*Pascual Reyes, pescador de Cachiboc,
muestra la bella caracola que
anida al comestible marisco "cobo"
Foto de Corrales*

